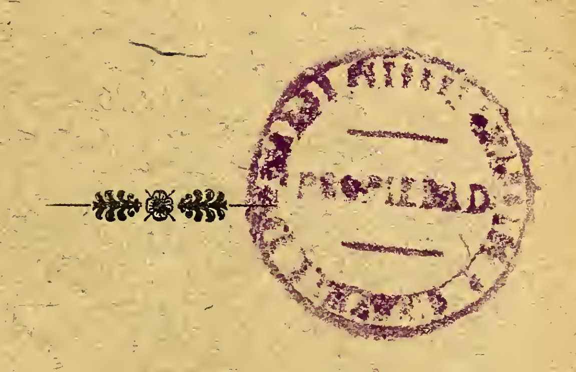
ANTONIO FERNÁNDEZ LEPINA

MI SOBRINO FERNANDO

JUGUETE CÓMICO

en tres actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1920

MI SOBRINO FERNANDO

MI SOBRINO FERNANDO

JUGUETE CÓMICO

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

ANTONIO FERNÁNDEZ LEPINA

Estrenado en el TEATRO CÓMICO el día 6 de noviembre de 1920



MADRID

R. Velasco, Impresor Marqués de Santa Ana, 11 dup

TELÉFONO, M 551

1920

A Eduardo Palacio Valdés, traspunte honorario de esta obra, su compañero y fiel amigo,

Antonio.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA BELLA PERDIGÓN......	Loreto Prado.
DOÑA EVENCIA	Sra. Franco.
PINO.........................	Srta. Melchor.
DOÑA RITA..................	Sra. Medero.
DOÑA PAZ..................	Srta. Román.
LUCILA.....................	Pastor.
ARMERINDA......	Torrens.
MARAVILLAS...............	Campos (Angeles).
ROSARIO....................	Campos (Antonia).
PEPITA	Leal.
CONCHITA..................	Gandía.
CARMEN....	Garcelán.
FELIPA......................	Arias.
DON MARTÍN PESCADOR...	Sr. Chicote.
FERNANDO DEL PULGAR...	Gotós
DON GORGONIO MARTÍNEZ.	Recober.
DON ALFREDO..............	Delgado.
DON SANDALIO.............	Díaz de la Vega.
DON ROQUE.................	Castro.
DON LUIS..	Manso.
SEBASTIÁN.............	Bermúdez.

Varias señoritas

La acción del primer acto en Madrid, la del segundo y tercero en las Palmas.—Epoca actual

NOTA.—Se ruega encarecidamente a los directores de escena que se abstengan de hacer ningún corte en el diálogo de esta obra, pues cualquier supresión puede poner en peligro el efecto de las situaciones.

NOTA IMPORTANTE

Aunque esta obra está avalorada con dos trozos musicales del maestro Badía, no por eso las compañías que la representen, sean de verso o de zarzuela, tendrán que pagar derechos superiores a los de las tarifas correspondientes al verso. Los números musicales serán tenidos en cuenta en la relación de pequeño derecho, pero ni los representantes deberán cobrar, ni las compañías están obligadas a pagar ningún otro aumento por este concepto.

Aquellas compañías que encontrasen alguna dificultad para la ejecución de los números musicales, que autografiados se venden a precio de coste en la Sociedad de Autores, pueden suprimirlos en todo o en parte sin inconveniente alguno y sin que sea preciso consulta ni permiso previo.

ACTO PRIMERO

Gabinete en casa de Fernando del Pulgar. Una puerta al foro, que comunica con el recibimiento. Un balcón o mirador en la derecha, y en la izquierda dos puertas. La de primer término da acceso a la alcoba y la segunda a los pasillos de servicio. Mobiliario elegante y dispuesto con buen gusto. Entre otros muebles, debe haber un bargueño o «secretàire», un diván, una mesa central, varias sillas volantes y butacas, y un piano. En las paredes algunos cuadros antiguos, entre ellos tres o cuatro retratos de familia. Uno representa una venerable dama, y los otros nobles caballeros, ascendientes de Fernando. Todos han muerto en los últimos veinte años, y, por lo tanto, la indumentaria no será muy añeja si los retratos los pintan de alguna edad. Luz del día.

ESCENA PRIMERA

ALFREDO, GORGONIO y SEBASTIAN

SEB. (En la puerta del foro, a don Alfredo y don Gorgonio.) Pasen ustedes. (Entran. Don Alfredo viste la levita que se hizo para su boda, celebrada en tiempos de Amadeo. Don Gorgonio traje negro de americana.)

ALF. (Quitándose una bimba monumental.) ¡Puf! ¡Ya tenía ganas de soltar esto!

GORG. La verdad es que a usted se le meten unas cosas en la cabeza... (Tomando a peso la chistera.) ¡Que no se le meten a nadie!

SEB. ¿Vienen ustedes del entierro?

ALF. Ahora mismo. Don Fernando ha seguido hasta la casa mortuoria y nosotros nos hemos quedado aquí a esperarle.

SEB. ¿Cómo ha estado el entierro del señor marqués?

ALF. ¡Hermosísimo!

GORG. Ha ido todo Madrid.

SEB. Yo creí que ustedes no irían.

GORG. No tratábamos al marqués, pero por don Fernando...

ALF. Yo he ido con mucho gusto.

SEB. ¡Lo creo!

ALF. Hombre, digo con mucho gusto en el buen sentido de la palabra.

GORG. En un trance como éste, no podíamos dejar solo a nuestro gran amigo don Fernando.

SEB. ¡Vamos, que ahora bien van ustedes a desquitarse!

GORG. ¡Quién piensa en eso! Nosotros, o por lo menos yo, siempre le he prestado dinero a tu amo por pura amistad.

SEB. La verdad es que este último tío, que era el que nos tenía que dejar la herencia gorda, se ha hecho desear lo suyo.

ALF. ¡Calla, hombre! Ha vivido más que un capitán general.

SEB. Estábamos en las últimas. El pobre señorito ha tenido hasta que empeñar cosas.

GORG. Yo me he negado en estos últimos meses, porque materialmente no podía...

ALF. ¿Pues y yo? Todo mi dinero se lo tengo dado a tu amo. (*Timbre dentro. Vase Sebastián por el foro.*)

GORG. ¡Por Dios, don Alfredo! Delante del criado guarde usted las apariencias.

ALF. ¡Qué primo es usted, Gorgonio! El año pasado me dió Sebastián cinco mil pesetas que tenía ahorradas para que se las colocase a su amo como si fuesen mías. ¡Y me exigió que le pusiera el setenta y cinco!

ESCENA II

ALFREDO, GORGONIO, FERNANDO y DON MARTÍN

FERN. (*Con la cara propia de las circunstancias.*) ¡Hola, amigos míos!

ALF. (*Le abraza, golpeándole fuertemente la espalda.*) ¡Don Fernando, no le digo a usted nada!

GORG. (*Repitiendo el abrazo y el vapuleo en la espalda.*) ¡No le digo a usted nada, don Fernando!...

ALF. Ha sido un golpe...
FERN. (Dolorido.) ¡Han sido muchos golpes!
GORG. ¡Pobre señor marqués!
ALF. ¡Pobrecillo! ¿Quién le iba a decir a él?...
FERN. (Aproximándose al foro.) Pase usted aquí. Son amigos de confianza.
ALF. ¿Quién es?
FERN. Mi tío. Don Martín Pescador.
ALF. ¿El político? ¿Es pariente de usted también?
GORG. ¿No lo sabía usted, hombre?
ALF. ¡Vaya un tío!
GORG. ¡Don Alfredo!...
ALF. En el buen sentido de la palabra.
GORG. En poco tiempo se ha hecho el amo del Congreso y está llamado a ser el jefe de las derechas.
MARTÍN (Entrando por el foro.) Perdona. Estaba quitándome el abrigo y bebiendo un vaso de agua. La emoción, las palabras del cementerio... Señores...
FERN. (Presentando.) Mi tío... don Martín Pescador. Mis amigos don Alfredo Acosta, don Gorgonio Martínez, a quien creo que ya conoce...
MARTÍN Sí, ya tengo el gusto... (Cambio de saludos.)
ALF. Un verdadero honor para mí... Y por lo que toca al fallecimiento del señor marqués... No tengo que decirle a usted nada.
MARTÍN Recojo con gran afecto estas manifestaciones de pésame en nombre de la familia, pues a mí con el noble prócer no me ligaba parentesco alguno.
ALF. ¡Ah, yo creía!...
MARTÍN Soy tío de Fernando por la rama materna. Pero, siéntense, señores.
ALF. Con su permiso.
FERN. ¿Tiene usted pitillos, don Alfredo?
ALF. ¡Ni siquiera las capaduras!... La verdad, al ponerme la levita no sabía dónde guardarme la petaca, y por último, me la dejé olvidada.
GORG. Y nos hemos fumado los que yo tenía.
FERN. Aguarden ustedes. Voy a robarle un puñado de pitillos a Sebastián. (Se levanta.)
MARTÍN ¿Cómo?
FERN. Sí, tío. Cuando yo tenía dinero, era él quien me robaba los pitillos que me traía la cigarrera. Ahora yo tengo que fumar del estanco, pero él, mal acostumbrado, se sigue sur-

tiendo de la cigarrera y yo le siso. (Vase por la segunda izquierda.)

MARTÍN ¡Es una cabeza loca!

ALF. Pero un buen muchacho en el fondo.

GORG. Todo corazón.

MARTÍN Eso sí. Y simpático e inteligente como él solo... ¡Una lástima!... Ya sé todo lo que ustedes le han venido ayudando. Para mí no tiene secretos.

ALF. Siempre, siempre nos hemos tomado mucho interés...

MARTÍN ¡Demasiado algunas veces!

GORG. Le diré a usted, señor Pescador...

MARTÍN Sí, sí. No me contradigo. Ofreciendo a mi sobrino el dinero a manos llenas han contribuído ustedes, en cierto modo, al fomento de sus disipaciones.

ESCENA III

DICHOS y DON LUIS

LUIS (Por el foro. Es un viejecito muy pulcro, redondo, coloradito, con la cabeza monda como una bola de billar. Sonríe siempre, como pudiera sonreir un japonés. La sonrisa no desaparece de sus labios ni en los momentos más tristes ni en los trances más apurados.) Muy buenas tardes, señores. Muy buenas tardes. (A Fernando, que sale por la izquierda.) Le repito mi pésame, Fernandito, por la irreparable pérdida. Conformidad, conformidad. A todos tiene que llegarnos la hora. A todos tiene que llegarnos. Muy buenas, señor Pescador. No le había visto.

FERN. (Que ha sacado unos cuantos pitillos, ofrece a sus amigos.) He oído que me estaba usted censurando, tío.

MARTÍN Nunca me cansaré de hacerlo. Ahora que vas a entrar en posesión de la inmensa fortuna de tu noble tío, que de Dios goce, es preciso que sientes la cabeza y que administres tu patrimonio de un modo sensato.

FERN. No le puedo prometer a usted nada, tío. Es cuestión de carácter. Bien dice el refrán que «genio y figura...»

MARTÍN No se puede vivir de ese modo.

FERN. Yo creo que no se puede vivir del otro. En

los raros tiempos en que no he tenido deudas, me he sentido desgraciado. Tengo el hábito de despertarme con la preocupación de buscar el medio de resolver un gran problema. La letra que vence y don Alfredo que me amenaza con la agresión personal. Don Gorgonio que necesita tres horas de argumentaciones para darme veinte duros de los mil que le pido. Don Luis, que con todos sus millones, en vez de dinero me da buenos consejos, como no se trate de ponerme a la firma la escritura de una hipotequita... El casero que me amenaza con el desahucio. El sastre que me niega la ropa. Sebastián que tiene la pretensión de cobrar después de lo que me roba. La Bella Perdigón que se niega a recibirme si no la llevo dinero...

MARTÍN ¡Esa es otra! Vives en perpetuo escándalo. Siempre en amoríos con la gente del teatro.

FERN. Lo hago por amor al arte...

MARTÍN Pero ellas, no. Esta mujer tiene fama de ser una loca.

FERN. No se lo niego a usted; pero está enamoradísima de mí, y yo, al principio, casi lo estuve de ella. Tiene sus genialidades, pero resulta deliciosa.

LUIS Es la cupletista de moda y eso atrae mucho.

GORG. De lo que se aprovecha para cazar incautos. Esa no le quiere a usted más que por el dinero.

FERN. Y después de todo, ¿qué importa? El dinero se ha hecho para dárselo a las mujeres. Pepita tiene una gracia encantadora; se lleva a todo el mundo de calle por simpatías y tiene un atractivo especial. ¿Verdad, tío?

MARTÍN No sé. Yo no soy voto en la materia... Pero, bueno, señores, la conversación ha tomado unos derroteros muy poco en armonía con la seriedad del aflictivo momento en que nos encontramos.

ALF. ¡Es verdad! ¡Pobre señor marqués!...

FERN. ¡Tío de mi alma!

LUIS ¿Quién iba a pensar que tan bueno y tan sano anteayer?... A lo mejor, nos sucede mañana lo mismo a uno de nosotros...

MARTÍN Estaba lleno de energía. El jueves habló en el Senado...

ALF. Claro que a su edad, cualquier cosita... Pero cuidado que se ha resistido. ¡Tenía ochenta y dos años, tres meses y doce días!

MARTÍN ¿Tanto? No creía yo...

ALF. Sí. Yo llevaba la cuenta. Aquí le llamábamos el tío eterno.

MARTÍN ¡Pobrecillo!

ALF. En el buen sentido de la palabra, porque en punto a riquezas... ¿Eh, don Fernando?...

FERN. No sé, no sé. Nunca he pensado en eso... El golpe me ha cogido tan de improviso...

MARTÍN Lo comprendo, lo comprendo... Tenía veintidós casas en Madrid, y unos seis millones en papel.

FERN. (Rectificando rápido.) Veinticuatro. Veinticuatro casas y unos ocho millones en valores, aparte de la cuenta corriente... ¡Pobrecillo!

MARTÍN A propósito, Fernandito. Si no tienes inconveniente me quedaré con la casita de la calle de Olózaga. Entre lo que me debes y algunos ahorrillos míos podemos llegar a un arreglo. Siempre me ha gustado ese sitio para vivir. Es una calle muy seria.

ALF. ¡Y la casa también es una cosa seria! ¡Más de veinte mil pesetas de renta!

FERN. Lo que usted quiera, tío. Hoy no estoy para nada. ¡Tengo una pena! (Suspira.)

MARTÍN ¡Me hago cargo! ¡Era tan bueno tu tío!
(Todos se quedan muy tristes, muy tristes.)

ESCENA VI

DICHOS y la BELLA PERDIGON

B. PER. (Se la oye cantar dentro, por el foro, y en seguida entra en escena como una tromba, con la sombrilla cerrada al hombro y ciñéndose con la mano izquierda la capa o abrigo que cubre un vestido lujosísimo. Lleva sombrero de último modelo y alhajas de coupletista, esto es, de estrépito y con abundancia.) «Qué pasa... qué pasa... ¡Que pasa la bandera!» (Al entrar se queda sorprendida al ver a todos tan serios, tan tristes y tan enlutados. Enmudece, cambia de actitud y pregunta intrigada.) ¿Qué pasa?

FERN. ¿No lo sabes, Pepita?

B. PER. ¡Ay, habla! ¿Qué ha sucedido para que estén ustedes así?

ALF. El tío de Fernando...

GORG. El marqués...

LUIS (Siempre sonriente.) Ayer por la tarde, al volver de paseo. ¡Dichoso él!... ¡Je, je!... ¡Dichoso él!

B. PER. ¡Acaben ustedes, que no sé si tengo que reirme o tengo que llorar!

FERN. ¡Se ha muerto mi pobre tío!

ALF. ¡El único que le quedaba al infeliz!

B. PER. ¡Ay, Fernando!... Yo no sabía nada... Perdóname...

FERN. Tú eres la que ha de perdonarme. Ayer tarde, cuando iba a ir al teatro, me llamaron con toda urgencia... Ni tuve tiempo para mandarte recado... Luego... ya te harás cargo. La emoción, el dolor...

MARTÍN Ahora acabamos de llegar del entierro.

FERN. (Presentando.) Mi tío, don Martín Pescador...

B. PER. Conozco mucho a este señor. Está abonado a una butaca de primera fila.

MARTÍN Le diré a usted... Algunas tardes, para conferenciar con varios senadores, suelo concurrir... (Quedan hablando.)

LUIS Con el permiso de ustedes, yo me retiro.

ALF. (Aparte con él.) ¿Dónde va usted tan pronto?

LUIS Voy a enterarme de todos los detalles de la fortuna del marqués y de sus disposiciones testamentarias.

ALF. Se pasa usted de desconfiado.

LUIS Por eso me va tan mal. (Despidiéndose de todos.) Volveré dentro de unos minutos. (Vase por el foro.)

ESCENA V

DICHOS menos DON LUIS

FERN. (Que ha estado hablando con la Bella Perdigón, formando grupo con don Martín y Gorgonio, mientras don Luis y don Alfredo sostenían el diálogo anterior.) Vamos, mujer, no te entristezcas. Te agradezco mucho las lágrimas, pero no quiero que te afectes.

B. PER. No lo puedo remediar, Fernando. Sabes que

soy la misma alegría, pero cuando veo una pena... Y tratándose de tí, ¡figúrate!

FERN. Anda. No llores más. Luego tienes que trabajar y vas a salir con los ojos como puños.

B. PER. No. Hoy no tengo vermouth. ¿No recuerdas que habíamos citado al maestro para ver el couplet nuevo?

FERN. Es verdad.

MARTÍN ¿Va usted a refrescar el repertorio?

B. PER. Sí. Me han hecho varias canciones nuevas. Habíamos acordado que viniera esta tarde el maestro, y luego, si Fernando tenía dinero, ir a recoger los trajes que me he encargado... Pero, nada... No hay que hablar de eso.

GORG. ¡Qué cosas dice usted, Pepita! Si don Fernando no tiene dinero lo tengo yo para él.

ALF. Déjeme usted a mí, Martínez, que tengo gusto...

GORG. (Sacando la cartera.) ¿Qué es lo que se necesita?

ALF. (Adelantándose.) Ahí van mil pesetas.

GORG. Con eso no hay para empezar, don Alfredo. Tenga, Pepita. (Le da varios billetes.) Ya ajustaré yo cuentas con don Fernando.

B. PER. ¡Parece mentira, Fernando! Me regateabas el dinero diciendo que estos señores no te querían dar ni un céntimo, ¡y ya ves!

ALF. ¡Cosas de don Fernando!

GORG. ¡Bromas para hacerla a usted rabiar!

FERN. Pues ya que estos amigos son tan amables, si quieres puedes ir a recoger los trajes. Así te distraerás un poco.

B. PER. Bueno, pero en seguida volveré para hacerte compañía.

FERN. Como tú quieras.

B. PER. (Despidiéndose de todos.) Caballeros... He tenido mucho gusto. Hasta después, don Alfredo.

GORG. (Acompañándola.) Ya sabe usted. Si necesita algo más... Ya que tiene usted el capricho del automóvil debía decidirse...

B. PER. No sé si querrá Fernando.

GORG. Aunque no quiera.

B. PER. Adiós, Fernando.

FERN. Espera. Voy a acompañarte. (Vase con ella por el foro.)

ESCENA VI

DICHOS menos la BELLA PERDIGON. Después DON LUIS

MARTÍN Efectivamente es muy simpática.

GORG. Pues si la tratase usted... ¡Es el mismo demonio!

ALF. Pero una traga-billetes que da espanto.

FERN. (Entrando.) Ahí está otra vez don Luis. ¿A dónde había ido?

ALF. Creo que a la notaría, a enterarse del testamento de su tío.

FERN. ¡Hombre, por Dios!

MARTÍN Eso no es legal ni correcto. La apertura del testamento, por disposición del finado, está fijada para después del novenario.

LUIS (Siempre sonriente.) Ya estoy de vuelta. ¿Ven ustedes qué poquito he tardado?

FERN. No apruebo lo que acaba de hacer. Si eso se sabe... Yo no quiero ofender la memoria de mi noble, de mi santo tío... No quiero tampoco que nadie me culpe de impaciencias, de ambiciones que no siento...

LUIS Descuide usted, Fernandito, descuide usted. En esa notaría he hecho yo muchas hipotequitas y me tratan como de casa.

FERN. Por curiosidad, nada más que por curiosidad. ¿A cuánto asciende el total de la fortuna?

LUIS Aunque la tasación de las fincas está hecha muy por bajo, su tío ha dejado muy cerca de veinte millones de pesetas.

FERN. ¡Pobrecillo! (Se limpia una ilusoria lágrima.)

MARTÍN Diga usted, diga usted. Por curiosidad también. ¿Recuerda en lo que está tasada la casa de la calle de Olózaga?

LUIS No me he fijado... Pero me parece que están ustedes demasiado tristes. ¡Je, je!

ALF. Es que no somos como usted que es capaz de sonreirse hasta en el patíbulo.

LUIS Pues si yo fuese como son ustedes me callaría lo que sé. Pero no quiero ser tan cruel, (Acentuando la risita.) y les voy a dar la noticia... Su tío, don Fernandito, ha testado de nuevo hace dos meses, ¡je, je!, y no le deja a usted ni un céntimo. Ni un céntimo.

FERN. (Tambaleándose.) ¡Cómo!

ALF. ¿Qué dice usted?

GORG. No gaste usted bromas, que no me parece momento...

MARTÍN ¿Habla usted en serio, don Luis?

LUIS ¡Je, je! ¡Completamente!

FERN. Pero .. Si no es posible...

LUIS Tenga la parte dispositiva del testamento. (Saca un pliego de papel.) Es muy breve, y suprimidos todos los formulismos, ante mis propios ojos la ha copiado el oficial amigo mío. (Fernando toma el papel y le lee ansiosamente, dejando pintarse en su cara el estupor y la indignación.)

LUIS Se lo deja todo al clero y a las instituciones benéficas.

ALF. ¡Mi madre!

MARTÍN No, si siempre he dicho yo que ese tio viejo era muy malo...

FERN. ¡Me deshereda completamente!

ALF. ¡Maldita sea su estampa!

GORG. Bueno, ese tío canalla está a estas horas ardiendo en los infiernos...

MARTÍN (Que ha cogido el pliego y lee.) «Teniendo en cuenta la vida de desorden y disipación de mi único heredero directo, mi sobrino don Fernando del Pulgar y Guzmán de la Vega, ni un sólo céntimo de mi fortuna irá a parar a sus dilapidadoras manos»... ¡Qué barbaridad!... «Dejo nueve millones de pesetas para misas, que se aplicarán en sufragio de mi alma...»

ALF. ¡Eso es acaparar! Todas las misas que se digan en España van a ser para él.

MARTÍN «... Fincas por valor de cinco millones para las Niñas de Leganés»... ¡Este tío estaba loco! .. «Entre mis criados se distribuirán las siguientes mandas...»

LUIS El resto del testamento está dedicado a especificar las mandas y legados.

ALF. ¡Pero ese testamento no puede ser legal!

MARTÍN ¡Desgraciadamente! Fernando no es heredero forzoso. Un pleito sería costosísimo e inútil.

FERN. ¡No seré yo el que pleitee! Ha hecho bien en no dejarme nada. Así puedo decir de él lo que quiera.

ALF. Bueno, usted se conformará con eso, pero yo no.

GORG. ¡Ni yo!
LUIS Ni yo tampoco.
ALF. A mí me debe usted veintidós mil duros.
GORG. ¡Y a mí treinta y tres mil!
LUIS El piquito mío es de doscientas veinte mil pesetas.
SEB. (Entrando.) ¡Y a mí el sueldo de dos años y mil duros que don Alfredo...!
FERN. ¡Basta! ¿Qué quieren ustedes que yo haga? ¿Voy a resucitar al bandido de mi tío para obligarle a hacer otro testamento?
ALF. Es que esto es una estafa. ¿Usted no había dicho que era el heredero universal?
FERN. ¡Pues el estafado he sido yo!
ALF. ¡Esto es mi ruina! ¿Qué dice usted, don Luis?
LUIS Yo, si no me paga le meteré en la cárcel.
ALF. Pues yo, si no me cobro en dinero me cobraré en estacazos, pero esto no se puede quedar así.
GORG. Calma, señores, calma, que todo tiene arreglo en este mundo.
ALF. ¡Menos el dichoso testamento!
GORG. Puede que también.
MARTÍN Hable usted, hombre, hable usted.
GORG. Se trata de algo muy importante que puede resolver este problema. Don Fernandito, si quiere, puede ser rico y nosotros cobrar lo que nos debe.
ALF. ¿Eh?
MARTÍN ¿Cómo?
GORG. Retírate, Sebastián.
FERN. Es lo mismo. De todos modos se va a quedar escuchando...

(Vase Sebastián murmurando y todos se agrupan alrededor de Gorgonio.)

MARTÍN Vamos a ver, que me tiene sobre ascuas.
GORG. Verán ustedes. Don Luis, don Alfredo y yo tenemos por don Fernando verdadera debilidad. Yo le hice los primeros préstamos cuando aún era menor de edad, y con don Luis firmó las primeras hipotecas de las casas que le dejaron sus padres.
MARTÍN ¡En dos años derrochó toda su fortuna!
GORG. Y sin embargo, nosotros seguimos prestándole. Don Fernando tenía una colección de tíos estratégicamente escalonados. El marqués era el último, pero el más gordo...

Nuestros cálculos con él fallaron completamente. Nadie podía esperar que ese tío con tantos años y con tantos achaques viviera lo que ha vivido...

LUIS — Perfectamente, perfectamente, pero no veo a qué viene esta enumeración retrospectiva. Aquí de lo que se trata es de cobrar.

ALF. — ¡Eso, eso!

GORG. — A ello voy. Yo veía que el marqués nos iba a enterrar a todos, y como ya don Fernando estaba a la cuarta pregunta y nosotros no podíamos darle más dinero, pensé que un matrimonio ventajoso...

LUIS — ¡Ah! ¿Era eso?

GORG. — Calma, calma que no he terminado. A principio de otoño estuvieron en Madrid unos canarios amigos míos...

ALF. — Sí. Don Sandalio, doña Evencia y su hija Pino. Los recuerdo. En la vida he visto tíos más ordinarios.

LUIS — La muchacha era muy mona.

ALF. — La chica, sí. No parecía hija de sus padres.

FERN. — Pinito es encantadora. Pero, termine usted, Martínez, porque me parece que va usted por muy mal camino.

MARTÍN — Déjale, hombre, déjale.

GORG. — Don Sandalio era hasta hace muy poco tiempo capataz de descargadores del muelle de Las Palmas. Al principiar la guerra tenía un barcucho de mala muerte. Al año, el barcucho, por gracia de un torpedeo se convirtió en un pailebot. Al año siguiente en un vapor. Poco después en un trasatlántico, y hoy tiene mi buen amigo una flota completa, una posesión que es un verdadero paraíso, casas, dinero...

MARTÍN — Comprendido. Un nuevo rico. Una de tantas fortunas improvisadas con la guerra.

FERN. — Le suplico, don Gorgonio, que no continúe.

MARTÍN — ¿Por qué, hombre?

FERN. — Pues se lo voy a decir a ustedes. Don Gorgonio me presentó a sus amigos. Estos me invitaron varias veces al Ritz. Yo correspondí con otras invitaciones e insensiblemente intimé con Pinito que, como les he dicho, es una muchacha encantadora, perfectamente educada y en todo distinta a sus padres. Llegamos a interesarnos mutua-

mente, pero comprendiendo yo que la muchacha me gustaba demasiado y que estábamos en un terreno peligroso para ella y para mí, de la noche a la mañana me fuí de Madrid sin decir palabra y no volví hasta que supe que habían regresado a Las Palmas.

MARTÍN ¿Y por qué no casarte con esa muchacha, puesto que te quiere y la quieres?

FERN. Muy sencillo, tío. El año pasado yo era el heredero de un título nobiliario y de veinte millones de pesetas y por orgullo, por no emparentar con el descargador del muelle, sacrifiqué el cariño y dejé plantada a la muchacha. Si ahora que no tengo dos pesetas volviera a reanudar aquellos amores sería un sinvergüenza y Pinito haría muy bien despreciándome.

MARTÍN Te diré, te diré... Ya sabes que yo soy inflexible en punto a moralidad y a ética y que tengo un severo concepto de la rectitud, pero como aquí no se trata de una boda por interés sino por cariño...

GORG. ¿Me permiten ustedes que continúe?

ALF. Siga usted, hombre. Siga usted.

GORG. Como don Fernando me tuvo que pedir el dinero para aquel viaje de huída me contó de pe a pa todo lo que le pasaba, y yo, que gracias a Dios tengo una pupila que es un telescopio, pensando que el tío podía muy bien llegar a los cien años, comencé a preparar la retirada de la boda.

MARTÍN ¿Qué es lo que ha hecho usted?

GORG. No puedo decirlo hasta que don Fernando no se ponga a alguna distancia. (Se levanta y se coloca detrás de don Martín y don Luis. Fernando está en pie en el extremo opuesto de la escena.)

FERN. Hombre, no faltaría más que...

GORG. Don Alfredo, usted que tiene fuerza, conténgale si...

FERN. ¿Qué habrá hecho?

GORG. Pues... en nombre de usted sostener las relaciones con Pinito... ¡Y ya estamos a punto de casarnos!

FERN. ¿Qué dice usted? ¡Yo lo mato!...

MARTÍN ¡Caray! Este Martínez es un genio.

LUIS ¡Resulta gracioso, resulta gracioso! Pero me parece que don Fernandito le va a tirar a usted por un balcón, ¡je, je!

FERN. Pero, ¿a usted qué le parece, tío?

MARTÍN A mí me parece que don Gorgonio ha ido un poco lejos, pero que ya no es cosa de que dejes plantada a Pino por segunda vez.

FERN. Explíquese usted, Martínez. Explíquese y diga toda la verdad, que tratándose de esa señorita no admito bromas.

GORG. Pues es muy sencillo. Usted había decidido desaparecer sin decir una palabra a la pobre muchacha, pero yo, al día siguiente de salir usted para París le escribí una carta incendiaria firmada por usted, declarándole un amor completamente turolense.

FERN. ¡Y no quieren ustedes que yo le mate!

GORG. Ella me contesté que el suyo era julietesco y que se pasaba la vida en un suspiro.

FERN. ¿Y esa farsa ha durado seis meses?

GORG. Día por día. En ese tiempo usted ha escrito ciento cuarenta y cinco cartas a la muchacha, cuatro al padre y una a la mamá...

FERN ¡Eso no se lo puedo perdonar a usted! ¡De aquí salimos a tiros! ¡Todo menos el ridículo!

MARTÍN Pero, ¿por qué? No hay motivo para que te pongas así.

GORG. ¡Haga usted favores para esto!

FERN. Pero, ¿no se dan ustedes cuenta de todas las barbaridades que don Gorgonio habrá puesto en ciento cuarenta y cinco cartas? ¡Si no sabe ni ortografía! ¡Si pone elefante con hache!

GORG. (En guasa.) ¡Ja, ja!

FERN. A estas horas, Pinito, que es una muchacha muy inteligente, creerá que yo soy un animal.

GORG. Si no es más que por eso, puede usted estar tranquilo. ¿No le he dicho que yo tengo una pupila que es un telescopio? Desde el primer momento me compré un manual epistolar, me agarré a las obras completas de Espronceda, a los versos de Ruben Dario, al Romeo y Julieta y hasta al Hamlet, y le he colocado a la muchacha cada frase que atonta.

FERN. Pero, ¿y la letra? ¿Y la ortografía? ¿Y la sindéresis?

GORG. ¿La qué?...

FERN. La sindéresis.

GORG. Por Dios. No se me iban a escapar a mí esos detalles. Usted no ha escrito más que a máquina y los borradores de las cartas me los ha repasado y corregido nada menos que el poeta Roberto Villaplana, al que ya saben ustedes que administro las obras.

MARTÍN Es genial este Martínez. Verdaderamente genial.

FERN. Pero, ¿cómo quieren ustedes que yo secunde semejante locura?

LUIS No es ninguna locura, no. Usted es un joven distinguido, tiene un título de marqués, porque eso no se lo ha quitado su tío...

MARTÍN Sobre todo, la muchacha es bonita, bien educada, le quiere...

GORG. ¡Le quiere un horror! En las cartas lo puede ver, que aquí las traigo. (Saca un voluminoso paquete de cartas.) En casa tengo los borradores de las que usted le ha escrito.

FERN. ¡Es inaudito!

MARTÍN Nada, hombre, nada. En cuanto reflexiones...

GORG. El caso es que no puede reflexionar...

FERN. ¿Cómo?

GORG. ¿Le tienen ustedes sujeto?

FERN. ¡Don Gorgonio! ¿A dónde ha llegado usted?

GORG. Pues a la petición de mano.

ALF. ¡Qué bárbaro!

MARTÍN ¡Caray qué tío!

GORG. Pinito se mostraba cada vez más vehemente. Yo no podía dar más largas... Se me estaba agotando el repertorio de frases arrulladuras... Y le tuve que escribir al padre y a ella diciéndoles que en el vapor del día dos de Abril me embarcaría para ir a pedir la mano...

FERN. Pero, ¿ha llegado usted a eso? ¡Qué atrocidad!

MARTÍN Si pasa un mes más te encuentras casado.

ALF. Don Gorgonio, me parece que se ha corrido usted...

LUIS A mí también me parece demasiado, pero qué demonio, qué demonio...

MARTÍN Yo veía que el marqués no la diñaba, que don Fernando se encontraba en las últimas... y me lancé a la petición de mano para que cuando lo supiera no tuviese ya remedio.

MARTÍN Pero podía usted haberle prevenido. Habérnoslo dicho a nosotros...

GORG. No. Si yo quería decírselo. Cuatro o cinco veces he venido con esa intención, pero, la verdad, siempre le encontré solo, y como tiene esos prontos... Ayer ya venía decidido a todo, con las cartas en el bolsillo, pero me dieron la noticia de la muerte repentina del marqués... Me quedé así... No supe qué hacer... No sabía si romper las relaciones o continuarlas.

FERN. ¿Y qué ha hecho usted?

GORG. Nada. Callarme

(Fernando coge el paquete de cartas, le deshace y al azar lee algunas.)

MARTÍN ¿Qué opinan ustedes que deba hacerse para encauzar esta situación hacia la normalidad?

ALF. ¡Pues que don Fernando embarque inmediatamente!

MARTÍN ¡Ah, claro, claro! La forma de desvanecer toda duda respecto a su desinterés es esa. Ahora él no sabe nada de si su tío le ha desheredado o no. Dentro de unos días, cuando se abra el testamento, podría sospecharse...

GORG. Eso tampoco. El estaba decidido a casarse en vida de su tío.

FERN. Verdaderamente, esta muchacha está enamoradísima de mí... ¡Es usted el segundo Cyrano, don Gorgonio!... Encantadora, verdaderamente encantadora... Nada. No hay más que hablar. ¡Me caso!

ALF. ¡Chóquela usted, don Fernando!

LUIS Todo lo que usted necesite lo tengo yo.

GORG. ¡De eso no hay ni que hablar!

FERN. Bien, pero creo que debe ponerse un telegrama diciendo que una desgracia de familia...

GORG. ¡De ninguna manera!

MARTÍN Ya hemos decidido que no. No conviene.

FERN. (Leyendo una carta.) Pero es que fíjense ustedes. «El día dos zarpa de Cádiz el trasatlántico de nuestra flota, *Sandalio I*. En él te ha dispuesto papá un camarote a todo lujo y otro para tu tío el ilustre hombre público, don Martín Pescador y su señora...»

MARTÍN ¿También me ha complicado usted a mí?

GORG. ¡Claro! Usted es el único pariente, porque al marqués no me atrevía a comprometerle... La personalidad de usted ha causado un efectazo.

MARTÍN Bueno, bueno, pero...

FERN. «En el *Sandalio 1*, tienen también camarotes nuestros amigos don Gorgonio y don Alfredo, ya que tienes tanto interés en que vengan...»

GORG. Usted disimulará la libertad que me he tomado invitándome.

FERN. ¡Hombre, usted era el amo de la máquina!... «Papá ha dispuesto que nos traslademos a nuestra posesión El Paraíso. Ha preparado alojamiento para todos los invitados y allí pasaremos un par de semanas honrando a nuestros huéspedes con muchas fiestas...»

GORG. (A don Martín.) Todos esos preparativos son por usted. Quería hasta impresionar una cinta cinematográfica.

FERN. Pero, hoy estamos a uno... El vapor zarpa mañana de Cádiz...

GORG. Por eso le decía que no había tiempo de reflexionar. A las ocho y media sale el expreso de Andalucía. Aún tenemos algunas horas...

MARTÍN Yo de ningún modo puedo marchar esta noche... Deberes ineludibles en el Congreso... Mi esposa... Los diferentes cargos que desempeño...

GORG. No hay que apurarse. De Cádiz para Canarias hay vapores a cada momento. Usted se queda en Madrid un día, dos, los que le hagan falta. Nosotros le disculparemos. Ese retraso le dará aún más importancia.

MARTÍN Perfectamente. Será cosa de cinco o seis días.

GORG. Ahora, usted, don Fernando, a hacer el equipaje, y al tren. Nosotros le ayudaremos en todos los preparativos.

FERN. ¡Nos olvidamos de Pepita!

GORG. ¡Caramba! ¡Es verdad!

LUIS Y que la niña es de oro. Esa les estropea a ustedes el plan. ¡Vaya si se le estropea!

ALF. Pues con que se marche don Fernando sin decir una palabra...

FERN. ¡Imposible! Va a venir ahora.

MARTÍN Sería peor.

GORG. ¡Claro!

FERN. La verdad no puede decírsele, porque la conozco muy bien y sé que haría cualquier disparate.

LUIS Sus genialidades son temibles y como se complace en exagerarlas para que se hable de ella...

ALF. Con dinero...

LUIS ¿Esa con dinero? ¡Ya podían ustedes prepararse! En el tren en que ella está, como se huela algo, pide automóvil, hotel en la Castellana y una renta vitalicia. (Bajito.) Y no nos conviene arriesgar mucho dinero no sea que vayamos a tener la segunda parte del tío.

GORG. ¡Ya está!

MARTÍN Para este hombre no hay problemas.

GORG. Nosonos nos vamos ahora mismo a comprar los billetes y a despedirnos de la familia. Damos orden a Sebastián de que llene las maletas y don Fernando se quede aquí esperando a Pepita...

FERN. Muy bien ¿y qué?

GORG. Cuando llegue, usted con maña provoca una ruptura.

FERN. No es tan facil.

GORG. Sencillísimo. La enseña usted la copia del testamento. La demuestra que no tiene un céntimo, que nosotros nos vamos a llevar de aquí hasta los clavos...

FERN. ¿Y si a pesar de todo?...

ALF. ¡Vamos! Usted no conoce a las mujeres, y menos a la Bella Perdigón. En cuanto se huela que no hay dinero sale haciendo ¡fú! como el gato.

LUIS Por lo mismo, si sospecha lo contrario, no se la despega usted ni con agua caliente.

GORG. Usted verá cómo se presenta. En último caso la propone usted el suicidio y ya verá como sale corriendo. Es una martingala que a mí no me ha fallado nunca.

ALF. Eso es. Se hace usted el loco. Cuatro gritos estilo Morano y exhibición a tiempo de un revólver... Ahí va éste que es de gran espectáculo.

MARTÍN ¡Qué barbaridad! Esto es el cañón Berlín-París. ¿De cuándo tiene usted esto?

ALF. De los tiempos que Aguilera me hizo de la ronda. Nunca se separa de mí.

GORG. Nosotros ya no volvemos. A las ocho le esperamos en la estación. No tiene que ocuparse de nada. Nosotros compraremos hasta la pulsera de pedida.

MARTÍN Yo vendré a buscarte en un automóvil del Casino.

ALF. Voy a decir a Sebastián que haga las maletas y que las baje a la hora del tren. (Vase por el foro.)

GORG. Suerte y mucha mano izquierda.

FERN. Tío; pida usted al criado el llavín de la puerta. Yo tengo otro. Así, si se ha marchado a la estación no tiene usted que llamar.

MARTÍN Muy bien. Hasta luego. A ver si estás vestido, que tengo muchas cosas que hacer y vendré con el tiempo tasado.

FERN. Hasta luego.

GORG. ¡Chist! ¡Que ya está ahí la Bella Perdigón!

LUIS ¡Nos agua la fiesta! ¡Je, je! ¡Nos agua la fiesta!...

GORG. ¡Cá! Insulten ustedes todos a don Fernando. Díganle que es un tramposo y que le vamos a llevar a la cárcel. ¡Venga! (A gritos, y fingiendo gran indignación.) ¿Que le demos dinero? ¡Ni un céntimo! ¡Sinvergüenza! (Por lo bajo.) Usted perdone.

LUIS Mañana venimos por todos los muebles.

MARTÍN De mí no vuelvas a acordarte en la vida. ¡Miserable!

ESCENA VII

DICHOS y la BELLA PERDIGON, que entra por el foro y se queda asombrada

LUIS Además, yo tengo medios para meterle a usted en la cárcel.

(Entra don Alfredo, y se queda más asombrado aún que Pepita.)

GORG. ¡Nos ha engañado miserablemente!

MARTÍN ¡Canallescamente, rufianescamente, intolerablemente!

ALF. ¡Ah! ¿Es que se niega ahora a...?

GORG. (Tapándole la boca.) No le diga usted nada que bastante le hemos dicho.

ALF. Es que yo le hago...

GORG. ¡Silencio y véngase usted con nosotros!

LUIS — ¡Quede usted con el diablo, so tramposo! (Vase.)

GORG. — ¡Ya nos veremos, canalla!

MARTÍN — ¡Yo no le conozco a usted!... ¡Puaf! (Vase.)

ALF. — Pero, díganme ustedes...

GORG. — ¡Le he dicho a usted que se venga con nosotros. (Le hace salir a empujones y vase tras él.)

B. PER. — Oye, Fernando, ¿te dejas insultar así sin decir una palabra? ¡Déjame a mí! ¡Oigan ustedes, so bandidos, tíos usureros!... (Va hacia el foro.) No se vayan ustedes tan deprisa; aguarden que yo me suelte el pelo. (Sale un momento para entrar en seguida trayendo cogido de las solapas a don Martín, que ha sido sorprendido en el momento de ponerse el gabán y trae éste a medio meter, caído por detrás y en forma que no puede mover los brazos, pues parece atado codo con codo. La Bella Perdigón le zarandea a su gusto.) ¡Y salen corriendo los muy ladrones! ¡Ah, pero éste va a pagar por todos!

MARTÍN — ¡Le diré a usted, señorita!...

B. PER. — Yo le voy a decir a usted que es un sinvergüenza, un tío hipócrita que se pasa la vida predicando moralidad en el Congreso y que luego en el Chantecler tutea a doña Antonia.

MARTÍN — Eso no es cierto. Yo no salgo de las iglesias.

B. PER. — Usted es tan pendón en las procesiones como en los escenarios.

MARTÍN — ¡Suélteme usted, suélteme usted!

B. PER. — ¡Pero esto se lo cuento yo a Indalecio Prieto para que le saque a usted los colores en las Cortes!

FERN. — (Interviniendo.) Suéltale ya y que se vaya. Despréciale como yo le desprecio. (La Bella Perdigón suelta a don Martín y éste se mete el gabán y sale corriendo.)

ESCENA VIII

BELLA PERDIGON y FERNANDO. A su tiempo, SEBASTIAN

B. PER. — ¡Qué gentuza!... Pero, dime, ¿cómo han dado este cambiazo? ¿Por qué has reñido con ellos?... Hace un momento tan amables y ahora...

FERN. — Es muy sencillo. Al saber que se había

muerto mi tío el millonario se apresuraron a poner todo su dinero a mi disposición, pero en cuanto se han enterado de que no me deja ni un céntimo. .

B. PER. ¿Qué no te deja ni un céntimo?

FERN. Nada. Aquí puedes ver la copia del testamento... ¡Estoy completamente arruinado! (La Bella Perdigón lee por encima la copia del testamento.)

B. PER. ¡Este tío era un tío!

FERN. Sí, hija. ¡Carnal!... Ya ves... Hasta aquí hé vivido de lo que los usureros me iban dando a cuenta de la herencia... Hoy, no sólo no tengo una peseta sino que les debo a ellos muchos miles... Tendré que dejarte... Huir a América... Pegarme un tiro...

B. PER. ¡Vamos, Fernando! No digas tonterías. Ahora que no tienes dinero es cuando te voy a poder demostrar el cariño que te tengo... Todo lo que yo gane será para ti... Yo soy capaz de ir descalza con tal de que a ti no te falten botas de charol.

FERN. No... Pepita... ¡Eso no!... Yo soy incapaz de vivir a costa de una mujer.

B. PER. ¡Estaría bueno que yo te dejara a ti porque estés arruinado!

FERN. Pepita... Ya me conoces. Yo soy un caballero.

B. PER. Y yo una señora, y la que manda aquí desde ahora soy yo.

FERN. Pepita, que yo tengo vergüenza...

B. PER. ¡Se te ha acabado la vergüenza!

FERN. ¿No has oído? Esa gente vendrá a insultarme, escarnecerme... Han dicho que se llevarán de aquí hasta el último clavo... No. Yo no puedo pasar por ese bochorno... Ahora mismo le voy a enviar a don Alfredo la llave del cuarto y que se quede con todo... ¡Con todo! (Deja sobre la mesa una llavecita que separa de una cadena-llavero que lleva en el pantalón.) Que entren aquí como cuervos. Desde este momento, no tengo casa ni hogar...

B. PER. Eso me parece bien... No los veas. No discutas con ellos. Déjales la casa y vámonos a la mía... Recoge tu ropa, y anda.

FERN. ¿Mi ropa? ¡Tampoco tengo ropa! No es mia... La debo... Me llevaré lo puesto por no faltar a la moral. Pero como no es cosa de dormir

de chaquet en un banco de Recoletos, me pondré una modesta americana. (Se quita el chaquet y le sustituye por una americana negra también, que saca de la alcoba.) Toma, Sebastián; guarda ese chaquet. Dame una gorra y la gabardina. (Volviendo.) Ahora, vete... ¡Démonos el último abrazo! Yo quiero quedarme solo un momento para despedirme de estas cuatro paredes... Para decir adiós a estos retratos queridos...

SEB. Aquí está la gorra y la gabardina.

FERN. Déjalo ahí. (Sebastián deja sobre una silla una gabardina y una gorra de viaje y vase.) ¡Adiós, Pepita!...

B PER. (Escamada.) Pero, ¿a qué viene esto? Parece que estás deseando que me vaya.

FERN. Te lo voy a decir, Pepita... Quería callártelo... Quería evitarte este dolor, pero puesto que te pones así, puesto que dudas... quiero darte el último adiós, quiero que te vayas, para en el momento en que desaparezcas, antes de que se me haya enfriado tu último beso, pegarme un tiro. (Empuña el revólver.)

B. PER. ¡Qué barbaridad!... Guarda eso, Fernando!... ¡Es una ametralladora!

FERN. (Abriendo el revólver.) Mira. Seis balas como seis garbanzos.

B. PER. ¿Como seis garbanzos? De ese tamaño no los dan ni a tres pesetas kilo... Mira, guarda eso, que el diablo las carga.

FERN. Está decidido, Pepita. ¡No puedo sobrevivir a mi ruina, a mi deshonra, a tu pérdida!..

B. PER. ¿Pero no te he dicho que yo te quiero lo mismo con dinero que sin dinero?

FERN. Nunca. Nunca. Eso, nunca. (Mira furtivamente el reloj.) Déjame. Te lo suplico. Debo morir.

B. PER. ¿Por qué miras el reloj? ¿Qué prisa tienes para pegarte un tiro? ¿Es que tienes alguna cita en el otro mundo?

FERN. ¡Bueno, basta! Quería evitarte el espectáculo de verme morir... Pero ya que te empeñas, delante de ti me levantaré la tapa de los sesos.

B. PER. ¡Por Dios, Fernando!...

FERN. Vete... ¡Vete!... Porque al pensar que puedes ser de otro hombre.., ¡Se me ocurren unas ideas siniestras!... ¡Sería capaz de matarte a ti también!

B. Per. ¿Estás decidido a no sobrevivir a tu ruina, ni tampoco a vivir a mi lado sin dinero?

Fern. ¡Completamente!

B. Per ¡Pues muramos juntos! (Se apodera del revólver.)

Fern. ¡Pepita!...

B. Per. ¡Tienes razón! ¡Yo no puedo ser de otro hombre!... Te quiero como tú me quieres á mí y no debo sobrevivirte. ¡Muramos juntos y que nos entierren juntos!

Fern. Bueno... Verás... El caso es que tú tienes un contrato que cumplir...

B. Per. ¡Quién piensa ahora en eso!

Fern. No... Deja ese revólver. Vete. Quiero morir yo solo.

B. Per. ¡Jamás!

Fern. ¡No! ¡No tendría valor para matarte! .. ¡Me temblaría el pulso!...

B. Per. Si tú tienes ese miedo, yo no. Reclínate ahí en el diván para que no ruedes por el suelo, y en un momento hemos dejado de sufrir. (Le apunta.)

Fern. ¡¡No!! Espera... Voy a ponerle dos letras al juez. (Intenta con torpe disimulo llamar al timbre.)

B. Per. Con el juez estás cumplido. Anda al diván.

Fern. Siéntate... Siéntate tú allí... (Nueva maniobra para alcanzar el timbre.)

B. Per. ¿Quieres llamar?

Fern. No... Es que quería despedirme de Sebastián... ¡Como el pobre ha estado siempre tan atento!

B. Per. No perdamos tiempo y vamos a morir, que son las nueve menos cuarto.

Fern. (Dando un salto.) ¿Las nueve menos cuarto? (Mira el reloj.) No... Aún no son las ocho... Pero es lo mismo... Cenaremos antes... Voy a salir a comprar algunas cosas y luego...

B. Per. ¿Quién piensa en comer?

Fern. Sí. Comeremos juntos por última vez. Moriremos entre flores y champagne... Nos despediremos de la vida sonriendo como Petronio...

Seb. (Entrando por el foro con dos maletas.) Ya están hechas las maletas. ¿Le espero a usted en la estación?.

B. Per. ¡Nos ha estropeado el drama! (Ríe a grandes carcajadas.)

Fern. (Aparte.) ¡Imbécil!

B. PER. ¿Es que te vas de viaje?... ¿O es el equipaje para el otro mundo? (Riendo.) Te advierto que para ese viaje no se necesitan alforjas. (Muerta de risa se va hacia el balcón.)

FERN. (A Sebastián, en rápido aparte.) ¡Has metido la pata!

B. PER. (Bajando.) Vamos, no riñas al criado.

FERN. ¡Si no le riño! Le estaba diciendo que bajara a la estación a decir a los que me esperan, que no me esperen.

B. PER. (A Sebastián.) Tú, coges las maletas, te vas a la estación y dices..., a quien espere, no te lo pregunto porque sé que no me lo vas a decir, que puede esperar sentado... o sentada.

SEB. Pero...

B. PER. Anda, anda. Que yo te vea salir. (Se le lleva hacia el foro.) Espera. Voy a cerrar. (Coge el llavín que Fernando ha dejado sobre la mesa y desaparece. Fernando se pasea desesperado, mesándose los cabellos.) ¡Al fin solos!... He dado dos vueltas a la llave y ahora la tiro a la calle para mayor seguridad. (Ejecuta lo que dice.) Ahora podemos cenar y matarnos con toda tranquilidad, sin miedo a que nadie nos interrumpa.

FERN. ¡No tires la llave, Pepita!

B. PER. Ya es tarde... ¿Te creías lo menos que a mí, ¡a mí!, me la ibas a dar tú con queso?

FERN. Te juro que todo lo que te he dicho es verdad.

B. PER. (Que conserva el revólver.) Pues cuando gustes. ¿Dónde quieres que te haga el primer agujero?

FERN. Está visto que lo tomas a broma, y estás muy equivocada.

B. PER. ¡Yo qué lo voy a tomar a broma! Tú no me conoces a mí. Si quieres que por las buenas nos suicidemos nos suicidamos, y si andas con tonterías te suicido y me suicido. De modo que elige.

FERN. (¡Mi madre!)... Pues... sí... No hay más remedio... Pero, mira, el revólver es algo repugnante...

B. PER. Pues el veneno... El puñal... Porque no creo que pretendas el aspid..

FERN. No, pero podíamos ir al Viaducto, que no está lejos...

B. PER. ¡No! ¡Ni a la ventana te asomes! No sueñes con salir de aquí como no sea en un ataud... ¿Quieres una muerte dulce, romántica, de novela? ¡Vamos a asfixiarnos con un brasero!

FERN. Con un... Bueno... (Por lo menos me dará tiempo)... Pues anda. En la cocina debe haber carbón. Enciéndele en un barreño, prepara al mismo tiempo la cena...

B. PER. Acompáñame.

FERN. Mujer, no está bien que los hombres entren en la cocina...

B. PER. (Mirando en derredor.) Bueno... Te puedes quedar aquí, pero para que el suicidio sea completamente romántico, siéntate al piano, y mientras yo le doy al soplillo tú tocas la *Marcha fúnebre* de Chopin.

FERN. Perfectamente. Anda.

B. PER. Pero te advierto que en cuanto yo deje de oir el piano vengo y antes de que hayas podido llegar al balcón tienes media libra de plomo en los sesos.

FERN. ¡Qué pesadez!

B. PER. ¡Por si acaso! Anda, siéntate. (Le pone ante el piano.) Toca.

FERN. ¿Y cuando acabe?

B. PER. Vuelves a empezar... Ya sabes, si te paras disparo. (Fernando comienza a tocar muy mal la «Marcha fúnebre».) ¡Oh, enteramente lo mismo que en un folletín de *El Liberal*. Voy a darle al soplillo. (Mutis.)

FERN. (Tocando despacio.) ¡Me está haciendo pasar un rato!... Yo creo que de veras quiere que nos suicidemos... y no sé cómo me voy a arreglar, porque es capaz de pegarme un tiro... la conozco...

B. PER. (Dentro, lejos.) ¡No te pares que voy y disparo!

ESCENA IX

FERNANDO y DON MARTIN

MARTÍN (Entrando por el foro.) ¡Me gusta la tranquilidad, hombre!... ¡Tocando el piano!

FERN. (Con un grito ahogado.) ¡Ah! ¿Usted? (Sigue tocando.)

MARTÍN ¡Pero hombre, deja el piano y vámonos!

FERN. ¡Chist! Hable usted bajo... Está ahí Pepita. Me tiene encerrado. Si no llega usted a llevarse el llavín nos desbarata la combinación y puede que me hubiese desbaratado la cabeza.

MARTÍN ¡Pero deja la música con mil demonios!

FERN. No puedo. Me juego la vida. ¡Obremos con prudencia!

MARTÍN Anda, por el camino me contarás y pensaremos... No hay minuto que perder. Abajo tengo un automóvil.

FERN. (Golpeando las teclas.) ¡Nos hemos salvado!

B. PER. (Dentro.) ¡Que desafinas!

FERN. ¡Caray!

MARTÍN ¡Vámonos, que puede salir!

FERN. Sí, vámonos... Pero si sale en cuanto yo deje de tocar me alcanza por la escalera, tira por el balcón o se presenta en la estación, pues por Sebastián se ha enterado...

MARTÍN Hablas en chino, y con la música no hay quien te entienda.

FERN. Me entiendo yo. Se va usted a sentar al piano, y seguirá tocando sin parar y sin decir palabra.

MARTÍN Muy bien, digo muy mal, porque yo toco de oido.

FERN. Ande, siéntese, el caso es que no deje de sonar el piano.

MARTÍN Pero, ¿la Bella Perdigón?...

FERN. Está haciendo la cena y preparando un braserito.

MARTÍN Hombre, buena idea.

FERN. Usted verá lo que hace...

MARTÍN ¿No te importa nada esa mujer?

FERN. Nada.

MARTÍN Pues yo veré lo que hago. (Se sienta ante el piano y toca el «Tápame».)

B. PER. ¡No, no toques eso! ¡Sigue con la *Marcha fúnebre!*

MARTÍN Oye, tú, que yo no sé más que esto, y para eso con un dedo.

FERN. (Que se ha puesto la gorra y la gabardina.) Toque usted el «No me mates», lo mismo da. Adiós, tío... (Le besa enternecido.) ¡Adiós!

MARTÍN ¡Estás emocionado!

FERN. ¡Es que sabe Dios si nos volveremos a ver!... ¡Adiós! (Vase corriendo por el foro.)

ESCENA X

DON MARTIN y la BELLA PERDIGON

B. PER. (Saliendo con un brasero.) ¡Qué empeño, hombre, de tocar tonterías. (Don Martin, que está de espaldas, sigue tocando con un dedo y no contesta.) ¿Quieres callar? Aqui está el brasero, con un tufo que no vamos a tardar en morir ni media hora, pero si quieres te pego el tiro y me le pego... ¡Vamos, calla! (Se acerca y reconoce a don Martín.) ¡Ay! ¿Quién es esté tío?

MARTÍN El tío de Fernando, para servir a usted.

B. PER. ¡Se me ha escapado!

MARTÍN ¡Me parece que sí!

B. PER. ¡Ay, que me da!... ¡Que me da!... ¡Que me da la crisis!... ¡Ay, caballero!... ¡La crisis!

MARTÍN ¡Va a ser una crisis histérica!

B. PER. ¡No me suelte usted si le muerdo!... ¡No me deje usted si le araño! (Se deja caer en sus brazos.)

MARTÍN ¡Yo soñaba conque cayese en mis brazos, pero no desmayada!

B. PER. ¡Ay, ay! (Se agarra a don Martín y le zarandea y le muerde furiosamente, a la par que le pone negras las espinillas a punteras, fingiendo una intensa crisis nerviosa. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Hall en la magnífica finca de don Sandalio, en las Palmas. Habitación muy espaciosa. Una puerta al foro que comunica con un gran salón. Otras dos puertas en cada lateral.

Un piano hacia el foro izquierda. Un par de butaconas, preparadas con cogines y que por exigencias de la acción han de tener respaldo muy alto y a poder ser orejetas para apoyar la cabeza. Dos mesitas de té y café y varias sillas y muebles de diversas clases, todos lujosos y modernos.

Aparato de luz con llave hacia el foro.

ESCENA PRIMERA

FERNANDO, DON ALFREDO y DON GORGONIO MARTINEZ

Don Alfredo y don Gorgonio Martínez aparecen sentados ante una mesita con servicio de café y gran profusión de botellas de licores. Fuman con deleite dos enormes cigarros. Fernando entra por el foro

FERN. ¡Qué vida se están ustedes dando!

ALF. ¡Opípara, Fernandito, opípara!

GORG. A mí, esta costumbre de don Sandalio de acomodar el régimen alimenticio de su casa al de sus trasatlánticos me tiene encantado.

FERN. Yo en cambio estoy sobre ascuas.

GORG. ¡Ah, amigo mío! ¿Usted es el que quería matarme? ¿Está usted impaciente? ¿Quiere que la boda llegue cuanto antes?

FERN. No es precisamente eso, aunque sí he de confesarle que cada día estoy más enamo-

rado de Pinito. Estoy intranquilo por la Bella Perdigón, por mi suegra, por mis tíos...

ALF. De la Bella Perdigón no hay ni que acordarse. Eso ha pasado a la historia. Su tío en sus cartas, después de contarnos lo de la paliza que le dió con pretexto del ataque, no nos ha vuelto a hablar de ella.

FERN. Temo que descubra que estamos aquí, que se entere por alguien de nuestros planes y que escriba o haya escrito a doña Evencia... Esta buena señora me tiene escamadísimo. ¡Me dice cada cosa!...

ALF. Es que la pobre es bastante ordinaria, a Dios gracias.

GORG. ¡Y como usted tiene esa fama de don Juan...!

FERN. Luego, lo de mis tíos...

GORG. Eso ya es más grave, porque don Sandalio está deseando tenerle aquí para exhibirle. darse pisto y conseguir que le hagan diputado.

FERN. ¿A ustedes no les parece que lo de la mordedura de la perrita es sólo un pretexto?...

ALF. ¿Por qué?

FERN. ¡Es tan raro traerse la perrita en un viaje así, morderla a mi tía... sospechar que el animalito pueda estar rabioso...!

GORG. Todo es muy verosímil. Su tía no se separaba nunca, según dice usted, de esa perrita. A ésta muy bien puede haberla mordido otro perro, y por sí o por no, ha hecho perfectamente don Martín en someter a su esposa al tratamiento antirrábico... Si fuera un pretexto hubiesen dicho que el accidente ocurrió en Madrid. Pero venir hasta Cadiz, estar allí sufriendo las incomodidades de una fonda...

FERN. Sí. También he pensado yo en eso y es lo único que me da alguna tranquilidad.

ALF. ¡Déjese usted de historias! Su tío está tan interesado como nosotros en que la boda se efectúe y usted sea rico.

GORG. Bueno. Ya veremos. Bien saben ustedes que yo no me apuro por nada y que para todo busco salida.

ESCENA II

DICHOS y DON SANDALIO

Don Sandalio, hombre de unos cincuenta y cinco años, muy tosco, muy ordinario, que continuamente se esfuerza para aparecer fino y atento. Don Sandalio, su esposa doña Evencia, su hija Pino, don Roque, su esposa doña Paz, Lucila y Armerinda hablan con el meloso acento canario, especialmente las mujeres. Don Sandalio será el que menos lo marque. Pino dará a sus palabras encantadora dulzura y en doña Evencia y doña Paz resultará cómica la melosidad. Como ya es sabido, el acento canario es cadencioso, sin la viveza del andaluz, pero sin llegar a la empalagosidad del cubano. La ce se convertirá en una equis ligeramente aspirada y se prolongará la letra de los esdrújulos sobre la que carga la pronunciación. Ha de pracurarse que el diálogo no adquiera lentitud ni monotonía por este detalle del que puede prescindir y en caso de alguna dificultad

SAND. ¡Oh! ¿Les han servido el café y los licores? ¿Quieren alguna cosita más?

GORG. Nada, mi querido don Sandalio.

FERN. He visto llegar al criado. ¿No ha habido ninguna carta para nosotros?

SAND. Ninguna. Pero hoy tocan en Las Palmas cinco vapores peninsulares, dos de mi flota, dos de Pinillos y uno de la Trasatlántica. No habría de ser difícil que alguno condujera correspondencia. Por si acaso he mandao al criado virarse al puerto.

GORG. Está usted en todo.

SAND. Además, por si sus tíos llegasen sin avisar, tengo continuamente en el muelle el mejor de mis automóviles para que en seguida los traiga reventando todos los cuarenta caballos. ¿No quiere usted un cigarro, marqués?

FERN. Le he suplicado que no me dé ningún tratamiento... Entre nosotros...

SAND. Entre nosotros, bueno, pero entre los demás, no. ¿Es usted o no es usted marqués?

FERN. Como si lo fuera. Sólo me falta sacar el título...

SAND. ¡Fuerte cosa! Pues si sacar el título de marqués le va a costar muchos miles de duros será para que se lo llamen, que para no usarle se podía ahorrar el dinero.

GORG. ¡Es de una lógica aplastante!

ESCENA III

DICHOS, DOÑA EVENCIA, DOÑA PAZ, DON ROQUE y después PINO, LUCILA, ARMERINDA y amigas, todas lujosamente vestidas

EVEN. Nos han dejado ustedes solas.

FERN. Nos hemos venido aquí para fumar.

EVEN. ¡Miria! (Miria o Emiria, abreviación de Ave María muy usada en Canarias entre la gente ordinaria.) ¡Si a nosotras no nos molesta el humo!... Lo que parece es que a usted le gusta poco estar a nuestro lado.

FERN. Señora...

EVEN. A ver si después de casados hace lo mismo y nos deja sola a la niña para irse con los amigos a los Casinos.

FERN. Descuide usted. Entre Pinito y yo no habrá disgustos por esa ni por otra causa.

GORG. Mi amigo don Fernando. (Rectificándose.) Mi amigo el marqués, es un muchacho de excelentes costumbres...

EVEN. Sí. Como todos. Peninsular alegador... Aprenda de nuestro amigo don Roque que jamás se separa de su señora...

PAZ Eso quisiera él, pero yo no le dejo. ¡No faltaría más! Los maridos cuando no están al lado de sus mujeres están al lado del demonio.

ALF. ¡Y a la inversa en algunos casos!

GORG. (A doña Paz.) Por lo que nos ha contado antes, veo que es usted celosa como una Otela.

PAZ ¡No que no! Ya le daré yo a Pinito cuatro consejos al oído antes de que se case.

FERN. Es usted muy amable, señora, pero si no quiere usted molestarse...

(Por el foro entra Pino con Lucila y Armerinda.)

PAZ Le decía a tu novio, Pinito, que el día de la boda yo te daré cuatro consejos para que le ates corto.

PINO No hace falta, doña Paz. Con procurar que el cariño que nos tenemos ahora dure siempre, seremos felices. ¿Verdad, Fernando?

FERN. Y como ese cariño irá en aumento, nuestra felicidad no tendrá límites. (Quedando hablando los dos.)

EVEN. ¡Fuerte alegador como todos! (A su esposo.)

¿Has recibido el correo? ¿Te han contestado de la Agencia de colocaciones?

SAND. ¡Ay! Aquí tengo la carta.

EVEN. ¿Qué dice?

SAND. De la Agencia contestan que por el momento no tiene una inglesa como tú querías, pero que nos pueden enviar una señora española, excelentísimamente educada, joven, de buena presencia, que ha ocupao una fuerte posición en la península y que tié las mejores condiciones para llevar las bridas de una casa.

EVEN. ¿Has contestado?

SAND. Sí. He dicho que la envíen en seguida para que cuando vengan los tíos del marqués esté ya al corriente de todo.

PAZ ¿Van ustedes a tomar más servidumbre?

EVEN. No, pero al casarse Pinito yo necesito una señora que se haga cargo de la casa, que la dirija, que se ocupe de todo. Yo no sirvo para mandar tanto criado ni estoy al tanto de las cosas de moda. Además, mister Lowen, el socio de mi marido, tiene su *madre de hotel* y yo no quiero ser menos.

(Quedan hablando en un grupo doña Evencia, doña Paz, Lucila y Armerinda.)

GORG. (Separándose de don Sandalio, don Alfredo y don Roque, con los que conversaba, se acerca a Pino y Fernando que retirados, charlan enamoradísimos.) ¿Sigue el arrullo, palomitos?

PINO De usted hablábamos. Dice Fernando que no le pagará nunca.

GORG. ¿Cómo que no me pagará nunca?

PINO Claro, como que le debemos toda nuestra felicidad, pues gracias a usted nos conocimos.

GORG. ¡Ah, ya!... No sabe usted bien todo lo que me debe Fernandito.

PINO Y yo también. Pero ninguno de los dos somos ingratos. ¡Si usted supiera qué elogios y qué alabanzas me hacía de usted en todas sus cartas!...

GORG. ¿Sí, eh?

PINO Con mucho gusto se las dejaría leer para que viera lo mucho que le quiere, pero no puedo porque se reiría usted de todas las tonterías que me decía.

FERN. Es verdad. ¡Te he escrito cada estupidez!...

GORG. No lo creo, Fernandito. ¡Es usted demasiado modesto!

PINO No. No me decías estupideces sino frases muy poéticas y muy bonitas.

GORG. ¡Ya sabía yo! ¿Y a que es capaz de no decirle a usted ahora las cosas tan elevadas que le decía en las cartas?

PINO ¡No, ni soñarlo! Parece enteramente que el que habla es otro distinto del que escribía.

GORG. ¡Claro!

PINO Pero lo que me dice ahora me gusta más.

EVEN. ¿Quieren ustedes que salgamos a la terraza a tomar el fresco?

FERN. Muy buena idea. La puesta de sol vista desde aquí es un espectáculo hermosísimo. (Ofreciendo el brazo a doña Evencia.) Señora...

EVEN. ¿Y para qué me da usted el brazo, si la terraza está aquí al lado, en los balcones del salón? (Fernando se queda cortado. Por el foro hacen mútis las muchachas, doña Evencia, doña Paz y don Alfredo.)

SAND. Venga usted aquí con nosotros, marqués... No haga caso de las cosas de mi señora.

FERN. Observo que me tiene alguna prevención...

SAND. Nada. Tonterías. Que se le ha metido en la cabeza que ustedes los títulos de Madrid no saben más que divertirse, tener líos con mujeres de esas... ¡Si hasta quería deshacer la boda!

GORG. ¡Por Dios! ¿Usted la habrá convencido?...

SAND. Amigo don Gorgonio, yo sé muy bien que el marqués no es un santo. Sólo deseo que al casarse con mi hija la quiera y lo haga bien con ella.

FERN. Respecto a eso...

SAND. Habrá tenido sus tropiezos como todos los hemos tenido, pero supongo ¿eh? que no dejará ninguna deuda pendiente.

GORG. ¿Deudas don Fernando? ¡Ninguna!

SAND. Quiero decir algún compromiso serio... Alguna mujer engañada... algún crío...

GORG. ¡Nada! ¡¡Nada de eso!!

SAND. Bueno. Siendo así no hablemos de ello... ¡Ahora, como yo me entere de que me ha engañao!...

GORG. Doña Evencia sueña conque el marqués sea un santo como aquí don Roque.

SAND. (Levantándose.) ¡Eso sí que no! Preferiría que

fuese un perdido a un cordero como este don Roque. (Haciendo mutis.) Dígale usted a su señora que se meta en lo que le importe y nos deje tranquilos. (Vase por el foro.)

ROQUE ¿Qué le diga yo a Paz?... ¡Ay, si yo me atreviera!

GORG. Por lo que veo le tiene a usted dominado...

ROQUE ¿Cómo dominado? ¡Tiranizado! ¡Esclavizado!

FERN. ¿Y usted lo consiente?

ROQUE ¿Qué quiere usted que haga si tiene más fuerza que yo?

FERN. ¿Y eso qué importa? Debe usted rebelarse, imponerse...

ROQUE ¡Ay, si yo me atreviera!...

GORG. Creo que doña Paz es celosísima.

ROQUE El moro de Venecia con faldas y peluquín.

FERN. Puede que usted le haya dado motivos...

ROQUE ¡Jamás! ¡Jamás!... (Después de mirar alrededor misteriosamente.) ¡Aunque se me han pasado unas ganas!...

GORG. ¡Ah, gran pícaro!

ROQUE ¡Chist! ¡Por Dios!

FERN. ¿Le gusta a usted la fruta del cercado ajeno?

ROQUE ¡Aunque sean higos chumbos!... Además, sólo por tener la íntima satisfacción de que cuando me esta pegando poder decir por dentro: ¡Te los he puesto, te los he puesto!, no sé lo que daría.

FERN. Pues nada, hombre; aproveche usted la primera ocasión que se le presente. Nosotros le protegeremos a cambio de que procure que su señora se ocupe menos de mí.

ROQUE ¡Si yo supiera que me salía bien!... Pero ¿y si fracaso? ¿Y si se entera Paz?

GORG. ¡Mejor!

ROQUE ¡No quiero ni pensarlo! ¿La ven ustedes tan afable y tan cariñosa? Pues luego, por la noche, cuando nos quedamos solos, por si he mirado demasiado a una criada, por si le he dicho una frase galante a una amiga, me empieza a tirar pellizcos, y tengo los brazos tatuados.

FERN. Nada, nada. ¡A rebelarse!

GORG. Cómprese usted una buena estaca.

ROQUE ¿Yo? ¡Si no gasto bastón porque no haya en casa objetos contundentes!... Con su permiso. Voy hacia la terraza, porque sabe Dios

lo que estará pensando. ¡De media docena de los retorcidos no hay quien me libre! (Hace mutis por el foro, palpándose los antebrazos.)

GORG. ¡Valiente Juan Lanas!

ESCENA IV

FERNANDO, GORGONIO y la BELLA PERDIGON

GORG. ¿Ve usted? ¡Todo como una seda! Don Sandalio es muy bruto, pero se le lleva por donde se quiere. Y respecto a doña Paz, como consigamos que este infeliz nos haga caso, ya va a tener bastante para entretenerse.

FERN. ¡Ya lo creo!

GORG. Al pelo todo. Bebamos una copita de benedictino para festejarlo. (Gorgonio sirve dos copitas de un veladorcito que estara un poco hacia el foro, y con ellas en la mano va a ofrecer una a Fernando que está sentado en la derecha y de espaldas a la puerta. En este preciso momento aparece en la segunda derecha la Bella Perdigón.)

B. PER. ¡Ah! (Se detiene y dice muy bajito al criado que la acompaña.) Retírese. Quiero dar una sorpresa a estos señores.

GORG. ¡Vaya! (Cantando.) «A beber, a beber y a apurar»...

FERN. (Cantando con Gorgonio.) «Las copas de licor...» (Se callan para beber.)

B. PER. (Continuando.) «Que el vino hará olvidar, las penas del amor.» (Fernando y Gorgonio se quedan petrificados y dejan caer las copitas.)

FERN. ¡¡Ella!!

GORG. (Le da un golpe de tos por haberse atragantado.) ¡Ay!

B. PER. Muy buenas tardes, señores.

FERN. Pero ¡tú! ¿Tú aquí?

B. PER. ¿La familia buena? Yo bien, gracias.

GORG. Va... (Tose.) Por... (Tose.)

B. PER. (Dándole golpecitos en la espalda.) Vamos, vamos. Ya pasará. Es que se le ha ido por el camino antiguo. ¿Qué busca usted? ¿La copita? No, no se la ha tragado. Está aquí en el suelo.

FERN. ¡Basta, Pepita!... Te pido, te suplico...

B. PER. ¿Que me siente? Ya me extrañaba a mí que tú, tan fino, no me hubieras ofrecido una silla.

FERN. ¡Vete, vete en seguida!

GORG. ¡Salga usted de aquí inmediatamente!

B. PER. Mira, mira. Ya ha roto a hablar.

FERN. ¿A qué has venido aquí?

B. PER. ¿Y me lo preguntas? A continuar la escena del suicidio que dejamos interrumpida a lo mejor.

FERN. Terminemos de una vez, Pepita. En esta casa no puedes permanecer ni un minuto más.

B. PER. ¿Hablas en serio?

FERN. ¡Completamente!

B. PER. ¿Quieres que me marche?

FERN. Ahora mismo.

B. PER. (Transición.) ¡Pues no me da la gana!

GORG. Pero, ¿qué se propone usted?

B. PER. Asistir a la boda. Tengo gusto de ver cómo le echan el lazo. (Ríe.)

GORG. ¡Pero si don Fernando no se va a casar por ahora!... La han engañado a usted. Estamos pasando aquí una temporada en la finca de unos amigos míos, personas respetables...

B. PER. No se moleste usted, don Gorgonio, en explicar la película, porque me han contado el argumento.

FERN. ¡Te he dicho que te vayas inmediatamente!

B. PER. ¡Vamos, tú estás loco! Después de lo que me he mareado en la travesía, que he tardado más de dos horas en poder desembarcar. Después de que he dejado al señor Alesanco con unos carteles tirados así de grandes, después de que hasta me he hecho ropa de sociedad para presentarme como es debido, quieres que no haga más que llegar y marcharme... ¡Milagro que no quieres que me vaya andando!

FERN. ¡Vas a dar lugar a que haga un disparate!

B. PER. No tengas cuidado, hombre. No vengo a meter la pata sino a pasar aquí unos días, conocer a tus futuros suegros, que me han dicho que son más ordinarios que una camisa de arpillera, y la canaria conque te vas a encerrar en una jaula de oro. Yo te prometo no enseñarles las cartas y los retratos tan pasionales que tengo tuyos, y hasta soy capaz de regalártelo todo si me divierto mucho. ¿No te parece un programa precioso? Un programa de vermuth aristocrático.

FERN. ¡Pepita, estoy perdiendo la paciencia!...
GORG. ¡Chist! No escandalice usted.
B. PER. Sí. No escandalices que va a ser peor.
GORG. Vamos a arreglar esto por las buenas, Pepita. Usted no puede comprometer el porvenir de Fernando ni ser la ruina de todos nosotros. Se tiene usted que ir inmediatamente.
B. PER. ¿A dónde? ¡Si estamos en medio del campo! Si me ha costado el gran trabajo encontrar un coche que me trajese...
GORG. ¿Es dinero lo que usted quiere?
B. PER. De eso ya hablaremos dentro de unos días, cuando vaya a marcharme.
FERN. ¡Silencio, por Dios!

ESCENA V

DICHOS y DON SANDALIO

SAND. (Segunda derecha.) ¿Qué señora dice Felipe que ha venío y que *andó* buscando un coche por el muelle?
FERN. Pues... aquí...
GORG. La...
B. PER. ¿El señor es tu futuro suegro? ¡Le he conocido en cuanto ha hablado!
SAND. Señora... ¿a quién tengo el gusto?...
B. PER. Fernando, hombre, que no sabe a quién tiene el gusto... Preséntame.
FERN. Pues esta señora es... ¿No sabe usted quién es esta señora?
B. PER. Vamos, dilo, que el hombre estará intrigado...
GORG. La señora de Pescador... Es la tía de Fernando.
SAND. ¡Ay! ¿Es usted la esposa de don Martín Pescador? ¡Qué animal!
B. PER. ¿El Martín Pescador?
SAND No, señora. El *chófer* que tenía orden de no moverse del muelle para esperarles a ustedes, y me han dicho que ha venío en un coche de mala muerte.
B. PER. Sí, señor. Le *andé* buscando por el muelle...
FERN. Es que...
GORG. Es que esta señora desembarcó sin decir nada.

B. PER. Tuve que quedarme a bordo cerca de dos horas para que se me pasara el mareo.

SAND. ¿Y su señor espcso?

B. PER. Tan bueno, gracias.

SAND. Digo que dónde está.

GORG. En Cádiz. Se ha quedado en Cádiz.

SAND. ¡Lo que lo siento! Pero aguarde usted. Voy a dar la noticia de su arribo, que la familia no se ha enterao. (Llama al timbre.) ¡Felipe!... Di a la señora y a las señoritas que vengan, que ha llegado la señora de Pescador. (Vase el criado)

FERN. (Mientras don Sandalio está en la segunda izquierda y luego va hacia el foro.) ¿Qué es lo que te has propuesto? ¿Qué ha hecho usted, don Gorgonio?

GORG. ¡Una de las mías! ¡Pero si no es por eso!...

B. PER. No te apures, hombre, que parece que te va a dar algo. ¿No te he dicho que sólo quiero divertirme?... De eso de la indemnización ya hablaremos.

SAND. (Volviendo.) Pero, siéntese usted, señora. ¿En qué vapor ha venío?

B. PER. En el *Infanta Isabel.*

SAND. ¡Y yo que les tenía preparado un fuerte camarote en el *Sandalio I!*... Y a todo esto, ¿no está usted rabiosa?

B. PER. ¿Qué si estoy rabiosa? ¡Una cosa atroz!

SAND. (Asustado.) ¿Cómo?

FERN. No. No hay nada que temer. Mi tía habla en broma. Quiere hacer un chiste.

SAND. ¡Ah! ¿Es machanga?

B. PER. ¿Qué dice que soy?

GORG. Graciosa.

ESCENA VI

DICHOS, DOÑA EVENCIA, después PINO, DOÑA PAZ, DON ROQUE, LUCILA, ARMERINDA y amigas

EVEN. ¿Pero es cierto que ha llegado la distinguida señora de Pescador?

SAND. (Presentando.) Esta es mi señora.

B. PER. Muy señora mía.

EVEN. Tanto gusto. ¿Se le ha pasado a usted ya la rabia?

B. PER. ¿Otra vez lo de la rabia?

GORG. Sí, sí. No hay cuidado.

B. PER. (¡Estoy viendo que me van a querer poner un bozal!)

EVEN. No tengo que decirle que ha tomado posesión de esta su casa. Pero, ¿y su señor esposo?

FERN. En Cádiz. Se ha quedado en Cádiz.

B. PER. Allí estará atracándose de pescadillas. (Entran los demás personajes.)

EVEN. Aquí tienen ustedes a la distinguida señora de Pescador. Mi íntima amiga doña Paz Diez Bajo.

B. PER. (¡Caramba, eso son unas señas!) Mucho gusto...

EVEN. Su esposo, don Roque Fert.

B. PER. ¡Muy renombrado!

EVEN. Mi hija Pino.

B. PER. ¡Ah! ¿Esta es tu prometida? Muy guapa, Fernando, muy guapa... Tengo mucho gusto, señorita. No se merece mi sobrino Fernando esta alhaja. (La abraza, apretujándola, como si fuera a ahogarla.)

EVEN. Mis sobrinas Lucila y Armerinda y estas amigas de mi hija.

B. PER. Unas canarias muy monas.

SAND. Pero, siéntese usted, señora. A ver, que la sirvan un refresco. ¡Felipe!

B. PER. (Que se ha sentado junto al veladorcito de los licores.) No se moleste usted. Aquí hay cognac.

PAZ ¿Bebe usted cognac?

B. PER. Mi bebida favorita. Es lo chic ahora en Madrid Las personas distinguidas no bebemos otra cosa. (A don Sandalio, que la sirve.) Póngamelo, póngamelo en copa grande.

SAND. Creí que lo bebería usted a pequeñas diócesis. ¿Vosotras quereis alguna cosa?

EVEN. Cognac. (A la Bella Perdigón.) Aquí también, las personas distinguidas no bebemos otra cosa.

B. PER. A mí, una caja de botellas apenas me dura un mes.

SAND. ¿Bebe también su señor esposo?

B. PER. ¡Oh, mi señor esposo bebe muchísimo!

SAND. ¡Es de los míos! Me alegro. Aquí tenemos una bodega excelente, porque a mí todo me gusta de lo mejor.

B. PER. Bebe muchísimo. Pescador coge cada merluza...

SAND. ¡Ah, ¿Sí?... No sabía yo eso.

B. PER. Porque las coge sordas.

(La Bella Perdigón se ha sentado con toda libertad, cruzando las piernas exageradamente. Doña Paz y doña Evencia procuran imitarla en todo, de lo que se da cuenta la Bella Perdigón, que se aprovecha para exagerar y ponerlas en ridículo haciendo mil extravagancias.)

ESCENA VII

DICHOS y DON ALFREDO

ALF. (Foro.) Han dejado ustedes la terraza a lo mejor. Cuando el sol se hunde en el mar parece que anda... (Viendo a la Bella Perdigón.) ¡Anda la mar!

B. PER. Hola, don Alfredo. ¿Por qué me mira usted tan asombrado?

SAND. Es que, claro, como nosotros, creía que estaba usted rabiosa...

ALF. ¿Y ya no lo está?

FERN. No, don Alfredo. Mi tía. (Le hace señas y habla vocalizando.) Mi tía, ¿sabe usted? Está buena y sana. Lo de la mordedura fué una falsa alarma. Por eso, mi tía, ¿comprende usted?, se ha presentado de repente.

ALF. ¿De qué tía me está usted hablando?

GORG. ¿De quién ha de ser? ¡De ésta! De la señora de don Martín Pescador.

ALF. ¡Ah! De la... de...

GORG. (En rápido aparte.) A ver si mete usted la pata. Lo mejor es que no hable usted una palabra. Pero ni una.

B. PER. (A don Alfredo, gozando con su azoramiento.) ¿Y usted, está bien? (Don Alfredo va a hablar, pero se contenta con hacer un gesto.) ¿Y su señora? (Nuevo gesto.) ¿Cómo se ha atrevido usted a meterse en un vapor, cuando en Madrid se mareaba al ver el barco del tío de los cacahuetes?... ¿Eh? ¿Me decía usted algo?

EVEN. Si ha descansado y quiere destocarse haga el favor de pasar a la habitación que le tenemos preparada.

B. PER. Sí. Quisiera cambiarme de ropa. Ponerme un traje de noche.

EVEN. Pase usted por aquí. (Le indica la segunda izquierda.)

B. PER. Si me trajesen mis maletas...

EVEN. Al momento. (Entran doña Evencia y Perdigón por la segunda izquierda.)

SAND. ¿Por qué no encienden? Anda, Pino, da orden a los criados.

(Vase Pino por el foro y a poco aparece un criado que enciende la luz del piano y una araña central. Otro criado entra por el foro con cinco maletas y seis sombrereras y varios paquetes y llama en la segunda izquierda.)

FERN. ¿Ese es el equipaje de mi... tía?

GORG. ¡Se ha venido para un rato!

EVÉN. (Saliendo de la segunda izquierda.) Si necesita algo no tiene más que llamar. Nosotras vamos también a arreglarnos un poco. (Vanse por la segunda derecha doña Evencia, doña Paz, don Roque, Lucila y Armerinda.)

SAND. ¿Se quedan ustedes aquí? Voy a dar algunas ordenes. ¡Si no está uno en todo!... (Vase por el foro.)

ESCENA VIII

FERNANDO, DON ALFREDO y GORGONIO

ALF. ¿Estamos ya solos?

FERN. Creo que sí.

ALF. Bueno, pues hagan ustedes el favor de decirme si yo soy un animal o no.

GORG. Hay cosas que no pueden decirse, don Alfredo.

ALF. ¿Por qué está aquí esa mujer?

FERN. Lo que ha ocurrido es bien sencillo. Esa mujer se ha propuesto perderme, y dándome la más pesada de las bromas se ha presentado aquí. Cuando estábamos intentando convencerla para que se marchara llegó mi futuro suegro. Como es natural, me preguntó quien era, y a don Gorgonio se le ocurrió salvar el terrible compromiso diciendo que era mi tía... ¡Pobre tía mía, qué concepto van a formar de ella!...

ALF. Pues el animal no lo soy yo, sino don Gorgonio.

GORG. ¡Hombre! ¿Sí?

ALF. Sí, porque ya ha oído usted que están esperando a una señora que va a ser ama de lla-

ves. Podía usted haber dicho que era ella y se hubiera evitado poner en berlina a la respetable señora de Pescador, y a ella se la podía haber puesto más fácilmente en la calle.

FERN. De un modo o de otro...

GORG. Como sabíamos que la tía no puede venir a causa de la mordedura...

ESCENA IX

DICHOS y FELIPE

FEL. (Segunda derecha.) Señor marqués... Señor marqués...

FERN. ¡Ah!... ¿Qué querías?

FEL. Acaba de llegar su señor tío.

FERN. ¡Mi madre!

FEL. No. Viene sólo su señor tío, señor marqués. Su señora madre no viene... ¿Le hago pasar aquí?

FERN. Sí, hombre. En seguida. (Vase el criado.)

ALF. ¡Buena, buena la ha hecho usted, don Gorgonio!...

GORG. ¡Me he quedado sin habla!

FERN. ¡En buen lío nos hemos metido!

ESCENA X

DICHOS y DON MARTIN

MARTÍN (Segunda derecha, seguido del criado que trae dos maletas.) ¡Querido Fernando!

FERN. ¡Queridísimo tío! (Al Criado.) Retírate. (Vase el Criado después de dejar las dos maletas.)

MARTÍN Pero dame un abrazo, hombre. Parece que no te alegra verme. Hola, señores.

FERN. ¡Tiene usted que marcharse inmediatamente!

GORG. Antes de que puedan verle. (Le pone las maletas en la mano.)

MARTÍN Pero, ¿te has vuelto loco? (Deja las maletas.) Si es por lo de tu tía, no tengas cuidado.

FERN. No es eso.

GORG. Nos pone usted en el mayor aprieto. Vuél-

vase antes de que salga don Sandalio. (Le vuelve a dar las maletas.)

FERN. ¿Por qué ha venido usted?

MARTÍN Porque lo de tu tía no es nada. Han matado al perro que mordió a la perra, y resulta que el perro...

GORG. Pero, ¿su señora no viene?

MARTÍN No. Por si acaso, aunque aseguran los médicos que no hay ningún peligro, la he dejado en Cádiz. He venido sin decirle nada. Sin despedirme siquiera, pues sé que como te quiere tanto se hubiera empeñado en no dejarme venir solo. Como me telegrafiaste tan apremiantemente no quería dejarte en la estacada. (Deja las maletas.)

GORG. No en la estacada, en los estacazos es donde nos pone usted si no se marcha en seguida. (Le vuelve a dar las maletas.)

MARTÍN Pero, ¿quieres explicarme lo que pasa?

ALF. ¡Que vienen!

FERN. ¡Escóndase usted!

MARTÍN ¿Por qué voy yo a esconderme?

GORG. ¡No se asombre por nada! ¡No diga que no a nada!

FERN. Va en ello mi vida, porque me pego un tiro si no me caso con Pinito, y va la fortuna de todos si don Sandalio nos echa de aquí a patadas.

ESCENA XI

DICHOS, DON SANDALIO, DOÑA EVENCIA, DOÑA PAZ, PINO, LUCILA y ARMERINDA

SAND. (Segunda derecha.) ¿Es cierto que tiene el honor de estar en mi casa el ilutre señor Pescador?

MARTÍN Servidor.

GORG. ¡Ya no tiene remedio!

MARTÍN Me honro, en efecto, siendo huésped de uno de los hombres que en estos últimos años han contribuído en mayor grado al florecimiento de la industria patria.

SAND. Pero, ¿cómo no ha venido usted con su señora?

(Fernando hace señas a don Martín tocándole en la cintura, pero don Martín tiene cosquillas y se ríe sin comprender; el juego se repite.)

MARTÍN La he dejado en Cádiz. Le mordió la perrita, y aunque personas peritas me aseguran...

SAND. ¿Cómo que está en Cádiz, si está aquí?

MARTÍN ¿Que está aquí?

FERN. Sí, tío. Con la precipitación no he tenido tiempo de decirle que la tía ha venido. Acaba de llegar.

MARTÍN ¿Ves? ¡Me lo figuraba! A pesar de no haber querido despedirme de ella, de haberle enviado una carta escrita a bordo del *Sandalio I* diciendole que me esperase en Cádiz unos días, sometida a observación, mientras yo cumplía este ineludible deber de familia, y tenía el honor de conocer a los que van a ser tus deudos... Pero, ¿cómo ha llegado antes que yo?

SAND. Rivalidades de las Compañias navieras. Ella embarcó en el *Infanta Isabel*, que salió de Cádiz una hora después que el *Sandalio I*, y que como tiene más andar llega aquí dos horas antes. Pero el día que me traigan un vapor que he encargao a Nueva York...

MARTÍN Vamos. Mira que yo le decía a tu tía en mi carta: quédate en Cádiz tranquila, que te visite a diario el médico, cuídate...

GORG. Pero su tía, aunque está mordida, la pobre le quiere tanto...

SAND. Beba usted, señor Pescador. Usted que es aficionado al cognac me dirá que tal es éste que me envían a mí y que es fuerte cosa. (Escancia una copa grande de cognac, y mientras Fernando y Gorgonio hacen señas a don Martín. Este no las entiende. Don Sandalio los ve gesticular y mira muy extrañado alrededor.)

MARTÍN ¿Yo aficionado al cognac?

SAND. Nos lo ha dicho su señora.

MARTÍN No es posible. Yo soy abstemio.

SAND. ¡Ah, ya! (Bajito.) De los que beben y no lo dicen. Comprendo. Usted, por la posición que ocupa, no quiere que se sepa... Descuide, señor Pescador. Aquí está entre amigos y nadie se enterará. Beba, beba. Se lo pongo en copa grande, como le gusta a su señora. (Va hacia el foro.) ¡Evencia! ¡Evencia!

FERN. Beba usted y no le contradiga en nada ni se asombre por nada.

MARTÍN ¡Pero si yo no bebo nunca!

FERN. ¡Bébaselo o nos perdemos!

MARTÍN ¡Vaya por Dios! (Bebe.) ¡Ay, me arden las entrañas!

SAND. ¿Qué le parece? Fuerte cosa, ¿verdad?

MARTÍN ¡Muy fuerte!

EVEN. (Entrando por el foro con doña Paz, don Roque, Pino, Lucila, Armerinda y amigas.) ¿Me llamabas?

SAND. Tengo el honor de presentarte al tío del señor marqués, el excelentísimo señor Pescador. Mi señora, una señora amiga de mi señora. El esposo de la amiga de mi señora. Mi hija Pino y estas amigas de mi hija Pino.

MARTÍN Señoras. Señoritas... Al pisar este rincón del paraíso que orean las brisas africanas, no me han admirado ni sus gentiles palmeras ni sus dulces plátanos ni sus amarillos canarios, sino sus angélicas mujeres, síntesis de estas maravillas flóricas y fáunicas que tienen de las palmeras su talle, del plátano el terciopelo de su piel y del canario la armónica cadencia de su habla.

EVEN. ¡Qué pico tiene!

SAND. ¡Es otro Castelar!

GORG. ¡Muy bien, muy bien!

MARTÍN Quiero que mi primer saludo sea para la mujer canaria a la que rindo en ustedes un ferviente homenaje. (Saludando.) Señora, señorita...

ESCENA XII

DICHOS y la BELLA PERDIGÓN

SAND. (Ofreciéndole una copa inmensa o un bock.) Vaya otro traguito de cognac! (El bebe en la misma botella.)

MARTÍN (Bebiendo.) (¡Ay, los muebles empiezan a darme vueltas!)

B. PER. ¿Se puede?

EVEN. ¡Ay! Aquí tiene a su señora.

MARTÍN (Volviéndose.) ¡Querita Rita!... ¿Eh?

FERN. (¡La traca final!)

GORG. (En rápido aparte a don Martín.) ¡Silencio por Dios!

MARTÍN Pero... Mi... la si... (¿Será el cognac?)

B. PER. Pero, ¿qué te pasa, maridito mío, que parece que solfeas?

GORG. Nada. La emoción de verla. ¡Como la quiere a usted tanto! Nos decía antes que estaba intranquilísimo, deseando abrazarla.

B. PER. Y yo de abrazarle y de comerle a besos. Pocas ganas que tenía yo también de ver a mi maridito. (Le abraza y le besa.) Con permiso.

EVEN. ¡Qué hermoso cuadro de familia!

PAZ (A don Roque.) Aprende, aprende tú.

MARTÍN (Aparte.) ¡Señora, no apriete usted tanto!

B. PER. ¿Te has mareado en la travesía?

GORG. No me ha parecido serio...

B. PER. Pero deja que te dé otro abrazo. (Lo hace.) Con permiso.

EVEN. Se ve que quiere usted mucho a su esposo.

B. PER. ¡Una cosa atroz!

SAND. (Entrando por el foro, después de un breve mutis.) Señor Pescador, me he permitido telefonear y enviar el automóvil a varios amigos que están deseando conocerle...

MARTÍN ¡Tanto honor!...

EVEN. Pero mientras tanto, estas señoritas mias bailaran una danza americana que han aprendido apropósito.

MARTÍN ¡Que no se molesten!...

EVEN. ¿Molestarse? ¡Si las hemos invitado para eso!

PINO (Sentándose al piano.) Cuando querais. (Baile.)

TODOS (Al terminar el baile.) ¡Muy bien, muy bién!

SAND. Si quieren ustedes que pasemos al salón... Han comenzado a llegar mis amigos.

EVEN. Pase usted por aquí, señor Pescador.

MARTÍN Vayan ustedes, vayan ustedes. En seguida paso yo. Tengo que hablar dos palabras con mi sobrino Fernando.

B. PER. No le riñas mucho, maridito mío.

EVEN. ¿Reñirle? ¿Por qué?

B. PER. Por nada, pero como mi esposo es tan serio, tan severo... (Vase por el foro con todos después de abrazar a don Martín.)

ESCENA XIII

DON MARTIN, FERNANDO, DON GORGONIO MARTINEZ y DON ALFREDO

MARTÍN ¡No tolero esta farsa ni un minuto más!

FERN. ¡Pero tío!

MARTÍN ¡No hay tío que valga!... Ahora mismo lla-

mas a la familia de tu novia y le confiesas toda la verdad!

FERN. ¡Imposible! Mi futura suegra es de caballería y está escamadísima y don Sandalio acaba de decirme que todo me lo pasaría menos una cosa así!

GORG. ¡Don Martín, don Martín, que nos arruina usted!

MARTÍN ¿A ti te parece digno ni decente que yo deje abandonada en Cádiz a tu pobre tía, a tu santa tía, y tú me adjudiques aquí a otra tía que me besa, que me abraza...?

FERN. ¡Bah! Besos y abrazos sin importancia. Como podían darse en el teatro.

MARTÍN ¡Cómo, si ella me los da a estilo opereta, de veras y muy de veras!

FERN. Pues cuando se los dé, préstese pasivamente. No haga caso. Piense en otra cosa.

MARTÍN ¡Claro que pienso en otra cosa!

FERN. ¡Tío, que me pone usted al borde del precipicio!

MARTÍN Y tú me pones a mí en el alero.

GORG. Pero usted, un hombre tan serio, ¿sería capaz?...

MARTÍN ¡Caramba, que esa mujer es una profesional del beso, que no tienen ustedes idea de cómo achucha!... No puedo, no puedo. Di la verdad y líbrame de esta tentación... ¡Cuando tu pobre tía se entere de esto!... ¡Rita de mi alma, con lo que yo te quiero!... No, Fernando, no. No puede ser.

FERN. Hasta mañana...

GORG. ¡Veinticuatro horas siquiera!

ALF. Señor Pescador, que nos pierde usted...

MARTÍN Aparte de mi fidelidad conyugal, que veo muy en peligro. ¿Y mi seriedad política? ¿Y mi prestigio? El día que esto trascienda estoy perdido. ¡Don Antonio me retirará el saludo!

FERN. Tío, tío... Por la memoria de mis padres a los que tanto debe usted. Por mí que tanto le debo a usted... Si quiere pagar aquella deuda y cobrar esta...

GORG. Mañana fingiremos un telegrama...

FERN. Eso. Se marcha usted precipitadamente...

ALF. Al amanecer si usted quiere...

FERN. Total son unas horas. Nadie se enterará. En cambio, diciendo la verdad, el escándalo sería inevitable.

MARTÍN Bueno... Por ti... Por ustedes... Pero dile que no apriete... ¡Pobre Rita!... ¡Cómo me remuerde la conciencia!

ESCENA XIV

DICHOS y DON SANDALIO

SAND. Señor Pescador... Mis amigos le esperan a usted con impaciencia.
MARTÍN Voy, voy.
FERN. Vaya usted, tío.
SAND. Esperan un discurso...
ALF. Seguramente don Martín le trae improvisado.
SAND. (Confidencialmente.) Para que pueda usted beber con disimulo sin que se entere la gente he dicho al criado que le sirva una taza de té que no es té, ¡sino cognac!
MARTÍN (¡Qué papalina voy a coger!)
SAND. ¿No viene usted, marqués?
FERN. Sí, ahora. (Vanse por el foro don Martín don Sandalio y don Alfredo.) Don Gorgonio, hay que poner término a esto.
GORG. Ya tengo pensado lo que ha de hacerse. Ahora, en cuanto se acuesten todos, yo saldré de puntillas de mi cuarto, compraré al chaufeur para que me lleve a Las Palmas y desde allí celebraré una conferencia telegráfica con un amigo que tengo en Cádiz, para que por la mañana a primera hora se reciba aquí un despacho reclamando urgentemente la presencia de su señor tío en Madrid...
FERN. Muy bien.
GORG. Como es natural se irá con su señora, o sea con Pepita. A ésta la ofreceremos una crecida suma, lo que quiera, lo que pida...
FERN. Muy bien. Creo que estamos salvados.

ESCENA XV

FERNANDO, DON GORGONIO MARTINEZ, FELIPE y en seguida DOÑA RITA

FEL. (Segunda derecha.) Señor marqués...
FERN. Dí que voy en seguida.

FEL. No. Si es que ha llegado una señora que pregunta por su señor tío y por el señor marqués.

FERN. ¡Dios mío de mi alma! Dile que pase en seguida y procura que no la vea nadie. (Vase el criado.)

GORG. Pero, ¿quién cree usted que es?

FERN. ¡Mi tía Rita!

GORG. ¡No nos faltaba otra cosa!

FERN. ¡Pues por eso me lo temo!

RITA (Entrando.) ¡Querido Fernando!

FERN. ¡Tía de mi alma! (A don Gorgonio.) Por Dios, don Gorgonio, procure usted que no venga nadie.

RITA Pero, ¿qué pasa? ¿Qué tienes?

FERN. Tía, ¿usted me quiere mucho?

RITA Pero, ¿no lo sabes, hombre? ¡Si eres mi debilidad!... ¡Si por ti he hecho este viajecito... del que no quiero acordarme...

FERN. Pues si me quiere usted, márchese en seguida sin que nadie la vea.

RITA Pero, ¿y Martín?

GORG. No ha venido.

FERN. La espera a usted en Cadiz.

RITA ¿Que no está aquí?

(Se oye dentro la voz de don Martín rematando fogosamente su discurso.)

MARTÍN (Dentro.) ¡Sí, ilustres canarios, os repito que estoy embriagado! Embriagado de satisfacción, embriagado de orgullo porque me habéis dado el té. Creedme, ilustres canarios, porque os lo digo sin pamplinas. Este té se le sube a cualquiera a la cabeza. (Aplausos.)

RITA (A Fernando, después de haber escuchado.) ¡Explícame esto!

FERN. Sí, tía... Tenga usted piedad de mí. Perdóneme... Nos hemos visto obligados a mentir... Como no la esperábamos a usted y mis futuros suegros desconfiaban...

GORG. Señora, en el camino de Fernando se ha atravesado una mujer...

FERN. Pero yo adoro a mi novia con toda mi alma y si la perdiese sería capaz de pegarme un tiro, de tomar un veneno...

RITA ¡Ave María Purísima! No digas esos disparates.

ESCENA XVI

DICHOS y DON MARTIN, luego la BELLA PERDIGON

MARTÍN (Por el foro, con la cara arrebolada, la palabra algo torpe y el paso poco seguro.) Fernando, Fernando, ven por Dios, que mi mujer se empeña en que baile con ella un foxtrot y yo no estoy para foxtrotear.

RITA (Avanzando.) ¿Tu mujer?

MARTÍN ¡Mi abuela!... ¡Rita!... ¡Ay, esto debe ser el té! Esta no puede ser mi mujer. Es una visión.

RITA ¡Dios mío! ¡Me insulta!

FERN. No tía, lo dice por la sorpresa de verla...

MARTÍN Claro, por la sorpresa... Creía que por el té que bebía te veía y no te veía y como estaba bailando, pues todo me bailaba...

RITA Pero, ¿estás bailando?

MARTÍN ¡De coronilla!... Yo ignoraba el bailarín que llevaba dentro y resulta que valseo y tangue o mejor que discurseo.

RITA ¡Tú estás borracho!

MARTÍN ¿En qué me lo habrá conocido?

RITA Pero, acaba de explicarme, Fernando. ¿Qué equívoco es este? ¿Por qué está así tu tío? ¿De qué mujer habla?

FERN. De una imaginaria.

GORG. ¿No ve usted que está cogorza?

RITA ¿Cómo?

GORG. Amonao.

RITA ¡Pero si él no bebe nunca!

FERN. Por eso se le ha subido tan pronto a la cabeza. Váyase, váyase.

GORG. Es lo mejor.

MARTÍN Sí. Vete, vete.

RITA Pero, ¿esa mujer de que se habla?..

FERN. No le decimos a usted que no existe.

B. PER. Pero, Martín, maridito mío, ¿dónde te metes?

MARTÍN ¡Yo soy el que va a dejar de existir!

RITA ¡Su marido!

B. PER. Sí, señora. Mi maridito. Ven, querido, a bailar el fox-trot, pero antes dame un abrazo. ¡Estás tan frío conmigo!... Con permiso. (Va abrazar a don Martin.)

RITA ¡Basta! ¡Eso sí que no lo puedo tolerar!

B. PER. Pero, ¿quién es esta señora que no puede tolerar que yo abrace a mi marido?

MARTÍN ¡Mi mujer!

FERN. Esta señora es mi tía.

B. PER. ¡Jácarajícara!

FERN. ¿Ves a lo que nos ha conducido tu locura?

B. PER. ¡Calla, hombre! Si ahora es cuando empiezo a divertirme! Adiós, maridito. Te dejo con tu esposa. Ya que no podemos bailar el fox-trot bailaré yo la rumba. (Vase por el foro riendo y cantando la rumba.)

MARTÍN ¡No, la rumba no! Mi mujer no puede bailar la rumba del modo pectoral que usted la baila!...

RITA ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué infierno es éste? ¡Yo me muero de vergüenza!... ¿Y tú? ¡Infame!

MARTÍN Soy inocente. Te juro que soy inocente.

RITA ¡Qué desgraciada soy! (Llora.) ¡Yo que le creía un hombre serio, incapaz de engañarme... ¡Pérfido, traidor!...

MARTÍN No, Rita, no. Te juro que no. Esto que ocurre me lo estaba temiendo. (Cantando con música de «La Viejecita».) Mi sobrino Fernando tiene la culpa.

GORG. (A don Martín.) Es verdad, don Martín. Usted no tiene la culpa de nada, sino nosotros.

MARTÍN (Llorando.) ¡Eso, cuénteselo usted a Rita!

GORG. ¿Cómo?

MARTÍN Que se lo cuente usted a mi mujer para que se convenza.

FERN. Tía, por eso le pedía a usted perdón. Nos encontramos en un apuro gravísimo y no tuve más remedio que presentar a esa dichosa mujer como esposa de mi tío.

RITA ¿Y tú lo consentiste?

FERN. El tío no había llegado aún ni le esperábamos.

MARTÍN Cuando yo he llegado ya tenía adjudicada esa esposa.

GORG. No contábamos conque ustedes pudieran venir...

RITA ¿Y quién es tu segunda esposa?

MARTÍN Tranquilízate. Es una cupletista.

GORG. La Bella Perdigón.

FERN. Mi último amorío.

RITA ¡Siempre el mismo, Fernando!

FERN. Hasta hoy. Yo le juro a usted, tía, que si salgo de este apuro, al casarme seré un modelo de maridos.

GORG. ¡Ayúdenos usted, señora!

MARTÍN Ayúdanos, Rita.

FERN. Ayúdenos usted, tía, o me tendré que suicidar.

RITA Bien, pero ¿qué puedo hacer yo?

FERN. ¡Marcharse en seguida!

MARTÍN ¡Inmediatamente!

RITA ¿Y tú te vas a quedar aquí?

MARTÍN Claro. Hasta mañana por lo menos.

RITA ¿Con esa mujer pasando por mí? ¡Cá! Yo me quedo también.

MARTÍN ¿Y cómo digo yo que tengo dos esposas?

RITA Echa a la otra.

FERN. ¡Qué más quisiéramos nosotros; pero esa no se va!

RITA Pues yo tampoco.

FERN. ¡Tía!...

RITA ¡No hay tu tía!

ESCENA XVII

DICHOS y DOÑA EVENCIA; en seguida DON ALFREDO

EVEN. (Aparece por el foro, pero queda mirando hacia el exterior.) Venga usted, venga usted, señor Pescador, a ver bailar la rumba a su señora, que es talmente una cupletista.

ALF. (Sale y se queda estupefacto al ver a doña Rita.) (¡Arrea! ¡La verdadera tía Javiera!)

EVEN. ¿No viene usted? (Se vuelve y ve a doña Rita.) ¡Ah!... Señora... (Pausa. Todos se muestran turbadísimos.) ¿Quién es? (Todos guardan silencio.)

ALF. ¿Quién ha de ser? ¡El ama de llaves que estaba usted esperando!

RITA (A Fernando.) ¿Qué dice este hombre?

FERN. Por Dios, tía, cállese. Es el único medio de salvarme.

EVEN. ¿De modo que conoce usted a esta señora?

ALF. ¿Que si yo la...?

GORG. ¡Claro que la conoce!

EVEN. ¿Le han dicho a usted en la agencia lo que yo quiero?

RITA Sí... sí, señora.

EVEN. Como se casa mi hija aquí con el señor

marqués, yo necesito una señora de confianza que se haga cargo de la casa.

ALF. Quiere una *maestra* de hotel.

MARTÍN ¿Te haces cargo? Digo, ¿se hace usted cargo?

FERN. (Aparte a don Martín.) Cállese usted, que vamos a meter la pata.

RITA Bueno... Haré lo que ustedes me manden.

EVEN. ¿Ha traído usted su baúl?

RITA Solo he traído una maleta.

EVEN. Muy bien. Ahora daré orden para que la coloquen en su habitación, que es esa. (Señala la primera derecha.) Quítese usted el abrigo y el sombrero y vaya al recibimiento para vigilar a la servidumbre cuando se marchen los invitados. (Hacia el foro.) ¿Viene usted, señor Pescador?

MARTÍN Voy, voy. (A doña Rita) ¡En seguida vuelvo!

EVEN. Si quiere usted, todas las noches podemos dar un *five o clock tea.*

MARTÍN (Haciendo mutis por el foro con doña Evencia.) Señora, por la noche no se puede dar un *five o clock tea.*

EVEN. ¿Y por qué no si yo tengo dinero para ello?

ESCENA XVIII

DOÑA RITA, FERNANDO, DON ALFREDO y DON GORGONIO MARTINEZ

RITA Pero, Fernando, ¿a dónde vamos a ir a parar?

FERN. No lo se, tía. Esta es la cadena de la fatalidad. Cada vez que trato de resolver una complicación surge otra mayor.

GORG. Señora, resígnese por unas horas.

FERN. No hay otro remedio.

RITA Efectivamente, porque si digo la verdad el escándalo sería el desprestigio de tu tío...

FERN. Y mi muerte...

ALF. Y la ruina de todos, que es lo principal.

RITA Pues por ti lo haré, Fernando...

FERN. (Abrazándola.) ¡Dios se lo pague a usted!

(Don Roque entra por el foro sin ser visto y sorprende el abrazo.)

ROQUE (¡Replátano! ¡Vaya un abrazo y vaya una mujer!)

FERN. Pues quítese usted el abrigo y nosotros vamos al salón para que no se escamen.

RITA — Voy. Mi cuarto es ese, (Señala la primera derecha.) ¿verdad?

FERN. — Sí. Ese. Hasta ahora.

(Doña Rita hace mutis por la primera derecha.)

ROQUE — (Haciéndose visible.) Oiga usted, marqués: ¿quién es esa señora?

FERN. — Pues... la nueva ama de llaves.

ROQUE — ¡Ah, ya!... (¡Pan comido!)

ALF. — ¿Viene usted al salón?

ROQUE — ¡Vamos! (¡Ya tengo lo que buscaba! ¡Esa es la que me va a indemnizar de los pellizcos y de los puñetazos.) (Mutis foro.)

ESCENA XIX

DON MARTIN y DOÑA EVENCIA

MARTÍN — (Entra corriendo un momento después y se dirige hacia la primera derecha y golpea la puerta con los nudillos.) ¡Rita!... ¡Rita!... ¡Pobrecita mía, qué rato debe estar pasando!... ¡Rita! (Mira por el agujero de la cerradura.) No veo nada, a pesar de que todo lo veo doble!

EVEN. — (Entra por el foro y le sorprende en esta postura.) ¿Qué hace usted, señor Pescador?

MARTÍN — ¿Eh?... Pues nada... Nada... Que venía a mi cuarto para mirarme al espejo, porque se me ha metido una pajita en un ojo...

EVEN. — ¡Ya!... ¿En el ojo de la cerradura?

MARTÍN — No, señora. En un ojo de mi cara. Aquí, en el derecho.

EVEN. — Como miraba usted en ese cuarto...

MARTÍN — Porque creí que era el mío.

EVEN. — El de usted está en el lado izquierdo.

MARTÍN — Me había confundido. Creí que era en el derecho.

EVEN. — ¿Y dónde tiene usted la pajita?

MARTÍN — En el izquierdo, digo, en el derecho...

EVEN. — No le veo a usted nada.

MARTÍN — Es muy raro, porque siempre se suele ver la paja en el ojo ajeno... Con el permiso de usted. (Medio mutis hacia la izquierda y gira rápido hacia la derecha.)

EVEN. — (Yéndose por el foro.) (¡Esta señora no me ha entrado a mí por el ojo derecho!)

MARTÍN — ¡Rita!... ¡Rita!

ESCENA XX

DON MARTÍN y DOÑA RITA; después DON ROQUE

RITA (Saliendo por la primera derecha.) ¿Qué quieres?

MARTÍN Decirte que soy inocente.

RITA Sí, sí; pero enteramente parece que te alegra verte con dos esposas.

MARTÍN Es el cognac. Te aseguro que es el cognac. Cuando esa otra desgraciada me abraza siento hasta náuseas.

RITA ¡Será el cognac!

MARTÍN Necesito que me des un abrazo para quitarme los remordimientos.

RITA Por Dios, hombre, que si entra alguien podemos comprometer a nuestro sobrino Fernando.

MARTÍN Un abrazo y me voy. (La abraza.)

ROQUE (Entra por el foro y sorprende el abrazo.) (¡Repiña! ¡Este también!...)

RITA Vete. Yo tengo que ir al vestíbulo. (Mutis segunda derecha.)

ROQUE (¡Y se tutean! ¡Pan más que comido!) (Avanzando.) Perdone usted, señor Pescador...

MARTÍN ¿Qué?

ROQUE Hombre, con franqueza. Su sobrino Fernando me aconsejaba antes que tuviera un tropiezo...

MARTÍN ¿Un tropiezo?...

ROQUE Sí.. Y la verdad... usted podía empujarme...

MARTÍN ¿Que yo puedo empujarle?

ROQUE Es decir... si no tiene usted mucho interés por esa mujer que en medio de todo comprendo que debe ser una cualquier cosa...

MARTÍN Pero, ¿quién?

ROQUE Esa... La nueva ama de llaves.

MARTÍN ¿Eh?... ¿Que yo le empuje a usted? (Le da un puñetazo.) ¡Vaya si le voy a empujar! ¡Hasta un balcón! (Le da dos o tres empellones con el puño.)

ROQUE ¡Ay!... ¡Así no! (Vase don Martín por el foro.) ¡Está borracho!... Pero, ¿cómo se habrán arreglado el tío y el sobrino para conquistar tan pronto a esa mujer?... Indudablemente en estos casos la audacia es el todo.

ESCENA XXI

DON ROQUE y DOÑA RITA; después DOÑA PAZ

(Sale doña Rita por la segunda derecha.)

ROQUE ¡La ocasión!... ¡Se me presenta la ocasión!... Señora, cuando usted quiera puede dejar de ser ama de llaves.

RITA ¿De veras?... ¿Sabe usted?... ¡Ay, qué alegría tan grande me da usted!

ROQUE (¡Caramba, qué fácil; pero qué fácil es esta señora!)... Dejará usted de ser ama de llaves para ser ama de mi corazón...

RITA ¿Eh?

ROQUE Permítame usted que también yo le dé un abrazo. (Intenta abrazarla.)

RITA ¡Pero, caballero! (Huyendo.) ¡Déjeme usted o grito!

ROQUE (Persiguiéndola.) ¡Usted qué va a gritar! (Logra darle el abrazo en el preciso momento en que se presenta por el foro doña Paz.) ¡Si no sabré yo lo que usted aprieta! (Doña Rita le da una bofetada y él da dos vueltas en redondo, yendo a parar delante de doña Paz, que le propina otra en el lado contrario y le hace girar a la inversa.) ¡Aprieta!

RITA ¡Qué poca vergüenza!... ¡Como se acerque otra vez!...

PAZ Se librará usted de ponerle la mano encima, que para pegarle me basto yo...

RITA Pero...

PAZ Para eso soy su mujer. Retírese.

ESCENA XXII

DICHOS y DON SANDALIO

SAND. ¿Qué pasa?

PAZ Nada, que al entrar aquí he sorprendido a mi esposo abrazando al ama de llaves.

SAND. ¿Es posible? ¡No lo creo!

PAZ Mírele usted a la cara.

SAND. ¡Sí que ha sacado usted los colores al pobre don Roque!

PAZ (A doña Rita.) Le he dicho que se retire.

RITA (Cada vez se me esta haciendo esto más intolerable.) (Mutis segunda derecha.)

SAND. (Contemplando a doña Rita.) (Efectivamente es una señora para hacer caer en la tentación a don Roque, a San Roque y al perro de San Roque...)

PAZ ¿Qué dice usted?

SAND. Que procure disimular y pase al salón, que se están marchando los últimos invitados y la familia del alcalde quiere despedirse de ustedes.

PAZ Haré de tripas corazón y disimularé.

ROQUE (Tentándose la cara.) Yo no sé si voy a poder disimular.

SAND. Deben haber sido dos tortas monumentales.

ROQUE ¡Y yo que creía que era pan comido! (Van hacia el foro.)

ESCENA XXIII

DICHOS, FERNANDO, DON ALFREDO y DON GORGONIO MARTINEZ

FERN. Ya están despidiéndose los últimos invi tados.

SAND. Vamos, don Roque, no sea que se ofenda el alcalde. (Vanse por el foro don Sandalio, don Roque y doña Paz.)

GORG. (Al quedarse solos.) ¿Está todo entendido?

FERN. Perfectamente.

ALF. Yo no me he enterado muy bien.

GORG. Ni falta que hace. (A Fernando.) Usted procura hablar con ella y le da las diez mil pesetas que le va a entregar a usted don Alfredo.

ALF. ¡Por algo quería yo venirme sin dinero! (Saca la cartera.) ¡Vayan las diez mil!... ¡Adiós!

GORG. Si pidiera más, en Madrid se las daríamos... Yo he hablado ya con el chauffer. Le he prometido mil pesetas. En cuanto todos se acuesten me esperará con el auto en la carretera. A primera hora de la mañana se recibirá un telegrama llamando a su tío, y todos salvados.

ESCENA XXIV

LA BELLA PERDIGON, DON MARTIN, FERNANDO, MARTINEZ, DON SANDALIO, DOÑA EVENCIA, PINO, DOÑA RITA y CRIADO

SAND. (Entra trayendo del brazo a la Bella Perdigón.) Todos mis amigos se marchan entusiasmados de usted.

B. PER. Y yo de ellos. Estos canarios son un encanto. (Entran los demás personajes.) Estoy contentísima de que mi sobrino Fernando haga aquí su nido, y le reñiré siempre que pretenda levantar el vuelo, y no digamos si intenta ahuecar el ala.

EVEN. ¡Cómo se conoce que es esposa de un charlador!

B. PER. Sí, señora. Todo se pega.

SAND. Bueno, los ilustres señores de Pescador necesitan descansar.

MARTÍN (Dándose cuenta de la magnitud del problema.) ¿Descansar?... ¡Cá! No tengo costumbre.

SAND. Pero tienen ustedes que dormir...

MARTÍN ¡Yo no duermo nunca!

B. PER. ¿Qué dices, maridito?

SAND. (Aparte a la Bella Perdigón.) No haga usted caso.

B. PER. Ya, ya. Es que quiere disimular que necesita dormirla. (Entra doña Rita. Perdigón complaciéndose en el apuro de los demás.) Fernandito, querido sobrino, aconseja a tu tío que se acueste.

MARTÍN He dicho que yo no tengo costumbre de dormir y me sentaría mal.

B. PER. Si te estás cayendo de sueño... Anda, que viene Fernandito... Despídete de estos señores y vamos a nuestro cuarto.

RITA (A Fernando.) ¡Eso sí que no!

GORG. (A doña Rita.) Calle usted, señora, que yo lo arreglaré.

RITA ¡Es que hay cosas que no tienen arreglo!

GORG. Ya lo verá usted.

SAND. Aquí, en el campo, siempre hay que acostarse temprano, pero hoy con mayor razón, porque seguramente mañana, al amanecer, ya que se ha enterado todo el mundo de que tiene usted el honor de estar en mi casa, vendrán a disparar cohetes y a darle serenatas.

MARTÍN Hombre, serenatas al amanecer, me parece intempestivo.

B. PER. Vamos, Martinillo, que me estoy cayendo de sueño.

MARTÍN Anda, acuéstate tú sola. Con confianza...

B. PER. No. Te necesito para que me desabroches.

RITA (Saltando.) ¡Yo la ayudaré a usted!

B. PER. ¡No, no se moleste! Yo no tengo más doncella que mi maridito. Usted también debe acostarse, que estará muy cansada del viaje.

RITA (A Fernando.) ¡Fernando, Fernando, que no aguanto un momento más! ¡Que salto!

FERN. Don Sandalio, si usted como dueño de la casa no da ejemplo iniciando el desfile, nos van a coger aquí los cohetes y la serenata.

EVEN. (A don Sandalio.) Anda, hombre, que puede que sea cosa de etiqueta que nos acostemos primero.

SAND. Pues, muy buenas noches.

PINO Que ustedes descansen ¿Vamos hacia arriba, mamá?

EVEN. Hasta mañana. (A doña Rita.) Usted se puede acostar también.

B. PER. Adiós, adiós.

(Desfilan por el foro y por la segunda derecha doña Evencia, Pino y don Sandalio.)

RITA (En cuanto desaparecen estos personajes.) ¡Hasta aquí hemos llegado y de aquí no se pasa!

B. PER. ¡Es para morir de risa!

MARTÍN ¡Es para morir estrangulada!

ALF. ¡A ver, Martínez, resuelva usted la situación.

GORG. ¡Pero, hombre, si esto es más sencillo que la brisca! En ese cuarto, (Mira el de la segunda izquierda.) hay una cama matrimonial, pues aquí se instalan don Martín y su legítima y auténtica esposa. En cambio, en éste, (Señala el de la primera derecha.) destinado al ama de llaves, puede dormir Pepita.

B. PER. Sí, hombre, sí. Y en una silla si se tercia. A mí, las bromas me gusta darlas hasta cierto punto, pero pesadas nunca.

MARTÍN ¿A qué llamará bromas pesadas esta mujer?

B. PER. Hombre, a haber continuado la farsa matrimonial hasta mañana por la mañana, pero con un canasto como este, la embromada hubiera sido yo. (Ríe.) Que ustedes descansen. (Medio mutis.)

FERN. (A Perdigón.) Dentro de un momento, cuando

todos se acuesten, bajaré para que hablemos y termine esto de una vez.

B. PER. Bueno, hombre, pero no lo digas tan serio. ¿Verdad, maridito?

MARTÍN ¡Que acuesten a esa señora o no respondo!

B. PER. (Entra riendo en la primera derecha.) ¡Jesús! No se ponía usted así para pedirme «La pulga» en el Chantecler. ¡Que pasen ustedes una noche tranquila! (Ríe y cierra la puerta.)

RITA Oye, tú, ¿qué es eso de Chantecler?

MARTÍN Una comedia de Rostand.

FERN. (Empujándolos hacia la izquierda.) Vamos, vamos; acuéstense ustedes.

MARTÍN ¡Ay, con lo propenso que soy a las pesadillas, voy a soñar que tengo más mujeres que el sultán de Turquía.

RITA Anda, hombre, anda.

MARTÍN ¡Si don Antonio supiera que me acuesto con una turca!...

GORG. Le dice usted que se ha acostado con una papalina y se quedará tan contento.

FERN. Vamos, vamos, que tenemos mucho que hacer. (Empuja seriamente a don Martín.)

MARTÍN ¡Pido la palabra! (Fernando cierra la puerta.)

FERN. Bueno, ahora nosotros a buscar al chauffer y en seguida vendré a hablar con Pepita.

GORG. Por Dios, que no vayan a verle. (Vanse por el foro.)

ESCENA XXV

DON ROQUE, después FELIPE, luego DOÑA EVENCIA y DOÑA PAZ; más tarde FERNANDO y por último DON SANDALIO

ROQUE (Por la segunda derecha.) ¡Cá!... Yo no subo... Yo no entro a acostarme. ¡Buena está mi mujer! Delante de la gente se ha reprimido un poco, pero en cuanto me coja a solas me brea .. Que duerma sola a ver si se tranquiliza. Yo, aquí, en esta butaca donde don Sandalio echa la siesta voy a pasar la noche como en la gloria. (Se acomoda en la butacona de mimbre.) ¡Menudos brazos!... ¡Unos brazos que no tiran pellizcos!... El cojincito este así, y al pelo. (Bosteza.) Con lo rendido que estoy y las emociones... la noche en un sueño... (Cierra los ojos. Don Roque queda colocado casi en pri-

mer término, de espaldas a la derecha y recogido en forma que por el alto respaldo de las butacas y las orejetas de esta y las plantas no puede de ningún modo ser visto desde el foro ni desde la derecha. Felipe, el criado, entra por el foro y apaga la araña central. El salón queda completamente a oscuras. Un momento de pausa, durante el que se oye algún ronquido de don Roque.)

PAZ (Por la segunda derecha, con una palmatoria encendida. Viene ridículamente vestida con un fantástico salto de cama, sin peluquín y, en cambio, con muchos papillotes en los cuatro pelos que le quedan.) ¡No viene!... Yo creí que por miedo esperaría a que yo estuviese acostada para entrar en la alcoba; pero ya tanto retraso me escama... ¿Se habrá atrevido a serme infiel?

EVEN. (Por el foro, con otra palmatoria.) ¿Dónde demonios estará Sandalio?... ¡Paz!

PAZ ¡Evencia!

EVEN. ¿Qué busca usted?

PAZ Busco a mi marido.

EVEN. ¡Y yo al mío!

PAZ Yo le he sorprendido aquí antes abrazando al ama de llaves.

EVEN. ¡Ah!

PAZ Supuse que por miedo no subía a acostarse, que estaría escondido en cualquier rincón; pero ya me escama.

EVEN. ¡Yo sí que estoy escamada!... Esta señora se me hace muy sospechosa... Ahora bajo a la alcoba de mi marido, pues como usted me indicó, desde que ha venido el marqués, Pino duerme conmigo, pero no está en su cuarto ni le encuentro por ningún lado.

PAZ ¿Y sospecha usted...?

EVEN. El ama de llaves me parece de la cáscara amarga, y con lo que usted me dice...

PAZ ¡Chist!... ¡Pasos! ¡Apague usted! (Apagan las velas y se repliegan hacia el foro. Por la segunda derecha entra cautelosamente Fernando, llama con los nudillos en la primera derecha, le abren, entra y cierra.) ¿Ha visto usted?

EVEN. ¡Mi marido!

PAZ ¡Yo creo que es el mío!... Voy a llamar.

EVEN. ¡No, por Dios!... ¡Figúrese lo que sería un escándalo teniendo enfrente a los ilustres señores de Pescador!

PAZ Miremos por el ojo de la llave. (Lo hacen.)

EVEN. No se ve nada.

PAZ Yo oigo un ligero cuchicheo, pero no distingo las voces.

EVEN. ¡Seguramente es mi marido!

PAZ ¡No, es el mío!

EVEN. ¡Puede que sean los dos!

PAZ ¡Señora, eso sería imposible!

EVEN. No. Pueden haber establecido un turno... Esa mujer me parece capaz de todo.

PAZ ¡Chist!.. Andan en la puerta... Me parece que van a salir...

EVEN. ¡Tal vez sea la hora del relevo!

PAZ ¡Póngase usted en esa puerta y yo en esta para cortarle la retirada al que sea. (Ella se coloca en el foro y doña Evencia en la segunda derecha. Sale cautelosamente Fernando y va a dirigirse hacia el foro.)

EVEN. ¡Alto, miserable!

FERN. ¡Demonio! (Huye. Sin querer se apoya en el piano y hace una escala. Luego, tropezando con los muebles y derribando alguno logra ganar la puerta de su cuarto, que es la primera izquierda.)

PAZ ¡Que se nos escapa! (Corren también derribando muebles.)

ROQUE (Que ha sufrido dos o tres empellones, se levanta desperezándose.) ¡Paz!... ¿Dónde estoy?

EVEN. ¡Encienda usted! (Encienden la araña y encuentran a don Roque dando vueltas)

PAZ ¡Infame!... ¡Eras tú!...

EVEN. ¡No era mi Sandalio!

PAZ ¡Ah, miserable!...¿Conque salías de su cuarto?

ROQUE ¿Yo?... ¡Te juro que no!

SAND. (Entrando por la derecha.) ¿Qué pasa?

EVEN. ¿Tú?... Nada. Que doña Paz ha sorprendido a su marido saliendo del cuarto del ama de llaves.

SAND. ¡Qué sinvergüenza!.. (Se me ha adelantado este tipo.)

(Doña Paz se lleva a empellones a don Roque, y don Sandalio mira con disimulo, pero muy significativamente hacia la primera derecha. Telón rápido.

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior. La acción comienza en las primeras horas de la mañana.

ESCENA PRIMERA

DOÑA EVENCIA, DON MARTÍN, FERNANDO, LA BELLA PERDIGÓN y DOÑA RITA, ésta, dentro

(Al levantarse el telón, la escena aparece sola. Las puertas permanecen cerradas. Por el foro, a lo lejos, se oye un orfeón infame que muy desafinadamente entona una alborada.) (Véase el número autografiado.)

EVEN. (Por la segunda derecha. Traje de mañana.) ¡Emiria! Qué perezosos son los peninsulares. ¡Las diez de la mañana y aún no han dado señales de levantarse! (Llamando con los nudillos en la segunda izquierda.) ¡Señor Pescador!... ¡Que le estan dando a usted un concierto! (Llamando a la primera izquierda.) ¡Señor marqués, señor marqués!...

MARTÍN (Saliendo de su cuarto a medio vestir y asustado.) ¿Qué pasa? ¿Hay fuego?

EVEN. No. No se alarme usted. Es el orfeón «Los veinte canarios».

MARTÍN Pues a juzgar por lo que cantan, deben estar con la muda. (El tenor solista lanza un gallo.) ¡Ese debe ser el canario más sonoro!

FERN. (Saliendo de su cuarto.) ¿Qué voces son esas?

EVEN. Un concierto en honor de su ilustre tío.

FERN. ¡Pues yo creí que era una riña! (Nuevos gallos.)

MARTÍN Es una riña de gallos.

EVEN. Pero ¿no se levanta su esposa?

MARTÍN Sí .. Ahora... Ahora... Es que aun tiene dormido un brazo.

FERN. A mi tía siempre se le han pegado las sábanas.

EVEN. (Hacia la primera derecha.) ¡Qué dormilones! Por lo visto, esta señora tiene el mismo vicio. (Llama.) (¡Tengo gana de echar la vista encima a esta pécora!)

MARTÍN (¡Ahora es cuando va a ser ella!) ¡Eh, señora, que me parece que la llaman a usted!

EVEN. ¿Arriba?

MARTÍN Sí, sí. Arriba.

EVEN. ¡Ah, pues entonces, no me da la gana de ir; porque es mi marido.

MARTÍN No. Es abajo. ¡Es abajo.

EVEN. Mi hija entonces. Pues que se moleste ella en venir, que es más joven que yo. (Llama nuevamente en la primera derecha.) (Claro, con la noche que ha pasado no tiene ganas de levantarse. ¡Valiente pájara!)

B. PER. (Dentro.) Ya voy, que me estoy vistiendo. (Don Martín y Fernando tosen para tapar la voz y se muestran apuradísimos.) Ustedes perdonen. (Abre la puerta y se presenta en escena. Viste un lujoso kimono o bien un elegante salto de cama. Lleva el pelo recogido en una gorra de noche.) Ustedes perdonen; pero yo, para el sueño, soy una fiera.

EVEN. (Sorprendidísima al verla salir.) ¿Usted?

B. PER. Sí, yo...

EVEN. ¿Usted ahí?

B. PER. (¡He metido la patita!)

MARTÍN (Riendo, tratando de disimular.) ¡Ah! pero ¿estabas ahí? ¡Es curioso, Fernándo! ¿verdad? ¡Es curioso!

EVEN. No me explico cómo usted...

MARTÍN No se lo explica, no se lo explica... Pues es muy sencillo... Yo tengo muy mal dormir. Padezco pesadillas. Sueño que pronuncio discursos...

B. PER. Eso. Sueña que da puñetazos en el escaño y no se le puede aguantar.

MARTÍN La fogosidad parlamentaria.

B. PER. Anoche, en cuanto cogió el sueño, pidió la palabra para una cuestión de orden y yo me tuve que venir a dormir aquí.

EVEN ¡Ya, ya!... (Pobre hombre! ¡Si él supiera a lo que viniste!)... Pero ¿y el ama de llaves?

RITA (Dentro.) ¡Martín!

MARTÍN ¡Que la llaman! ¡Que la llaman a usted!

EVEN. ¿Sí? ¡Pues ya me voy yo enojando y no voy!

MARTÍN (Aparte a Fernando.) ¡Entra y dí a tu tía que no salga! (Fernando cumple el encargo.)

EVEN. (A Perdigón.) ¿Y dónde ha dormido el ama de llaves?

B. PER. Pues... creo que arriba. Me dejó su cama y se fué.

EVEN. Pues voy inmediatamente a llamarla y...

MARTÍN ¿Dónde va usted? Qué prisa corre... ¡Se está tan bien a su lado!...

EVEN. Es que como también me llamaban...

MARTÍN Bah. No haga usted caso.

EVEN. No. No. Voy, con el permiso de ustedes... (¡Qué poca vergüenza de mujer!... en las mismas narices de su marido... ¡Y con don Roque!... ¡Quién lo iba a decir!) (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA II

DICHOS, menos DOÑA EVENCIA

B. PER. Vamos, creo que no tendrás queja de mí, Fernando. Ni tú tampoco, maridito.

RITA (Saliendo por la segunda izquierda.) ¡Haga usted el favor de no llamar su marido a mi marido!

MARTÍN ¡Eso! Haga usted el favor de no llamar su marido a mi marido.

FERN. Pero ¿tú sabes lo que has hecho?

B. PER. ¡Toma! Sacarte del apuro como te prometí anoche, e ir preparando las cosas para que se deshaga el lío.

FERN. ¡Pues te has lucido!

MARTÍN Pues ¿qué pasa?

FERN. Que a estas horas todo el mundo cree en esta casa, que su esposa de usted recibió anoche en su cuarto la visita de don Roque.

MARTÍN ¿Qué dices?

RITA ¿Que yo he recibido?...

B. PER. ¡Ay, ay, que me parece que lo entiendo!

MARTÍN Dichosa usted, porque lo que es yo, no sé si

por los vapores que me quedan del cognac, esto me parece el laberinto de Creta.

B. PER. ¿De qué?

MARTÍN De Creta. Y tú, sigue.

FERN. Anoche, en cuanto se acostaron ustedes, yo vine a ver a Pepita para rogarla que depusiera su actitud y me perdonase...

B. PER. Y te perdoné. Cosa que no merecías después de lo que has hecho conmigo y de la tomadura de pelo de Madrid, por la que juré vengarme y hacerte otra jugarreta igual...

FERN. Al salir yo de ese cuarto, se hallaban en este salón doña Evencia y doña Paz espiando sigilosamente no sé por qué a sus respectivos esposos. Me dieron el alto creyéndome uno de ellos, pero yo me escurrí y gané mi cuarto sin que lograran verme.

MARTÍN ¿No te digo? ¡Un laberinto! ¿Y qué tiene que ver don Roque y mi mujer?

FERN. Por lo que pude oir después, don Roque entraba en aquel momento o se encontraba aquí y su esposa y doña Evencia creyeron firmemente que salía de ese cuarto. (Señala el de la primera derecha.)

MARTÍN ¡Calla, calla, que ya lo entiendo! Creyeron que tú eras él y que tú, digo él, salía de esa alcoba, pero en esa alcoba se creía que dormía el ama de llaves, pero como el ama de llaves es mi mujer y la que pasa por mi mujer había cambiado de cuarto con mi verdadera mujer, para todos ahora, que no saben cuál es mi verdadera mujer, mi mujer es la que anoche con don Roque... ¡Ay, pobre cabeza mía!

B. PER. ¡Zambomba! (Riendo.) ¡Esto sí que tiene ahora gracia? ¡Menudo lío he armado sin querer!

RITA (A don Martín.) Bueno, pero no tienes por qué apurarte. Precisamente por haberse presentado inoportunamente esta señora...

B. PER. Señorita...

RITA Como usted quiera. Por haberse presentado ante doña Evencia, se ha visto que la que estaba en ese cuarto no era yo. De modo que ni el supuesto cabe...

MARTÍN Pero, desgraciada ¿te olvidas de que para todo el mundo esa señora?...

B. PER. Señorita.

MARTÍN ¿Esa señora es mi señorita, digo esa señorita es mi señora?

RITA ¡Ah, es verdad!

MARTÍN ¿Comprendes ahora? Sin comerlo ni beberlo, me encuentro de anoche a esta mañana con un adorno que no tenía.

FERN. (A Perdigón.) ¡Todo por tí!

MARTÍN ¡Todo por ella!

RITA No, ¡por ti y por ella!

B. PER. Bueno, bueno. Estén ustedes tranquilos. Yo no sabía si era don Roque o quién el que llamaba a mi puerta y como insistía, abrí y le largué así un puñetazo en un ojo, que fué a parar ahí en medio. Debí cogerle de lleno, porque gritó: ¡Ay, que me ha dejado tuerto!

MARTÍN Y a mí que me importa eso!

B. PER. Vaya si le importa a usted. El cardenal que debí hacerle, es la demostración de que la honra de usted no tiene la menor mancha.

FERN. Pero si tú no hubieses salido de ese cuarto, doña Evencia seguiría creyendo que la aventura había sido con el ama de llaves.

RITA ¡Eso, tampoco!

FERN. Sí, tía; porque si bien la hubiesen despedido a usted como ama de llaves inmoral, como esposa quedaba usted como una santa.

RITA Y así quedo mal de las dos maneras y es lo que no puede ser. Ahora mismo, pero ahora mismo, llamo y digo toda la verdad.

MARTÍN Muy bien. Digamos toda la verdad.

FERN. ¡Tía, por la virgen santísima!... ¡Pepita, no me hagas cometer un disparate!...

B. PER. ¿Qué disparate? ¿Matarte y matarme? ¡Has abusado ya demasiado del recurso del suicidio para que te crea! Yo quería poner término a la situación, pero ya que las cosas quieren que siga el vodevil que, siga... Vaya, ahora que están ustedes tranquilitos, voy a vestirme, ya que he traído ropa, la luciré. Además, que la señora del excelentísimo señor Pescador, no debe presentarse con un traje tan ligero más que ante los amigos de su señor esposo. (Riendo entra en su cuarto y cierra la puerta.)

FERN. (Corriendo tras ella.) Pepita, te juro que como no me dejes...

ESCENA III

DICHOS, menos LA BELLA PERDIGÓN. En seguida DON ALFREDO y MARTÍNEZ

MARTÍN ¡Bien estamos pagando la bromita de Madrid!

FERN. Vamos, tía, el último sacrificio...

RITA Es inútil que insistas y es imposible continuar ni un minuto más en esta situación. Si no quieres decir la verdad la diré yo.

GORG. (Entrando por el foro con don Alfredo.) Pero, ¿qué pasa?

MARTÍN Que vamos a deshacer este lío diciendo que mi mujer es mi mujer y que puedo llevar sin miedo la frente muy alta. ¡Eso es!

GORG. Pero, ¿otra vez salimos con esas, después de que yo lo he arreglado todo?

MARTÍN ¡Sí que lo ha arreglado usted!

FERN. ¡Maravillosamente!

RITA ¡Valiente arreglo!

GORG. Pero, ¿usted no ha dormido ahí con su esposo y en ese otro cuarto la Bella Perdigón?

MARTÍN Sí, pero al salir mi sobrino Fernando de ahí le sorprendieron doña Evencia y doña Paz, que creyeron que Fernando era don Roque y que mi mujer era la doncella; pero ahora doña Evencia ha visto que no era la doncella, y que la que no es mi mujer estaba donde la doncella. ¿Lo quiere usted más claro?

GORG. ¡Es claro, porque eso es griego!

ALF. Me parece, don Gorgonio, que se ha colado usted, otra vez, y van unas cuantas.

GORG. No, hombre, no. Que me expliquen lo que ha pasado. Cuéntemelo usted, don Fernando, porque me parece que su tío ha comenzado ya a soplar y está...

FERN. Ya se lo explicaré a usted. Pero, ante todo, ¿qué hay del telegrama?

GORG. Llegará de un momento a otro.

FERN. ¿Nadie le ha visto a usted salir ni entrar?

GORG. Nadie. No hay cuidado. Era aun de noche cuando volvimos y todo el mundo dormía.

FERN. Bien. Pues ahora, usted, tía, hágase presente ante doña Evencia, y si ella no la despide despídase usted y espérenos en Las Palmas

en el hotel Bristol, a donde iremos nosotros en cuanto se reciba el telegrama.

RITA — Es demasiado lo que me pides, Fernando... No. Esa señora va a acusarme.

FERN. — No puede acusarla a usted de nada.

GORG. — Señora, ya todo es cuestión de unos minutos. Lo tengo todo arreglado.

MARTÍN — ¡Dios mío! Tiemblo al oir decir a este hombre que lo tiene todo arreglado.

GORG. — ¡Ya lo verá usted!

FERN. — Vamos, tia. Yo estaré al quite. (*Van hacia el foro.*)

GORG. — Pero explíqueme usted ese jeroglífico de que me hablaba su tío.

FERN. — Ahora. (*A don Martín.*) ¿Usted se queda?

MARTÍN — Voy a terminar de vestirme, que no es serio que me encuentren así. (*Entra en su cuarto. Doña Rita, Fernando, don Alfredo y Martínez se van por el foro.*)

ESCENA IV

DON ROQUE, después DON MARTÍN

ROQUE — (*Por la segunda derecha. Viene alegre y como rejuvenecido.*) ¡Es otra! ¡Es otra! Hasta me ha partido el pan del desayuno y me ha hecho el lazo de la corbata sin intentar ahogarme... ¡Y yo que creía que después de lo de anoche me iba a matar!... ¡Lo que son las mujeres! Cuando me creía seguro me tiranizaba, y en cuanto ha visto que hay una rival se deshace en amabilidades temiendo perderme. ¡Ay, quién lo hubiera sabido antes!

MARTÍN — (*Que ha substituído el batín por un chaquet y viene ya correctamente vestido.*) (¡El burlador de mi honra!... ¡Imaginario, pero burlador!)

ROQUE — ¡Je! Con este, que también pretende al ama de llaves, me puedo dar un poco de pisto, ya que todos creen que anoche me recibió en su cuarto...) Amigo mío, usted se negó a empujarme, pero yo...

MARTÍN — (*Amenazador.*) Usted, ¿qué?

ROQUE — Nada... nada... Que le he soplado a usted la dama.

MARTÍN — ¡A mí qué me va usted a soplar!

ROQUE — ¡Pchs! No es por ponerme moños, pero des-

de el primer momento dije: esa señora es para mí... y anoche me sorprendió mi mujer saliendo de ese cuarto...

MARTÍN ¡Mentira!

ROQUE Comprendo, comprendo que le enoje a usted, pero en la guerra como en la guerra, y yo, ya se sabe, plaza sitiada plaza rendida.

MARTÍN Hombre, si yo no supiera que todo lo que sacó usted de aquí anoche fué un ojo hinchado, se le hinchaba yo...

ROQUE ¿Eh? ¿Un ojo hinchado?

MARTÍN Sí, señor. De un puñetazo.

ROQUE A mí no hay quien me hinche un ojo. Puede usted mirarme.

MARTÍN (Mirándole.) ¡Es verdad!

ROQUE ¿Se lo ha dicho a usted ella? Claro, la pobre por disculparse...

MARTÍN (Agarrándole por la solapa.) ¡Basta! Como no me diga usted ahora mismo que todo es mentira esto se acaba a bocados.

ROQUE Caramba, señor Pescador, no lo tome usted así.

MARTÍN Lo tomo como me da la gana.

ROQUE En medio de todo, ¿qué le importa a usted esa mujer?

MARTÍN ¡Me importa!

ROQUE ¿Por qué?

MARTÍN ¡Por lo que a usted no le importa!

ROQUE Aquí... en confianza. No merece la pena.

MARTÍN ¡Usted qué sabe, hombre, usted qué sabe!

ROQUE (Confidencialmente.) No, si no digo como mujer... Como mujer está muy bien, pero que muy bien... Y con unas carnes durísimas y un cutis finísimo...

MARTÍN ¡Usted qué sabe!

ROQUE Digo que no merece la pena porque me parece que es una cualquier cosa.

MARTÍN (Furioso.) ¡Repita usted eso, miserable!

ROQUE (Huyendo.) ¡No! ¡No se exalte usted!

MARTÍN ¡He dicho que repita usted eso!

ROQUE ¿Para qué quiere usted que lo repita?

MARTÍN ¡Para hacerle a usted picadillo!

ROQUE ¡Pues sí que es para repetir!

MARTÍN Necesito que usted me diga que todo eso es mentira.

ROQUE Sí, señor. Era para darme pisto.

MARTÍN ¡Repita usted!

ROQUE ¿No será para el picadillo?

MARTÍN Diga usted que todo es mentira.

ROQUE De verdad que todo es mentira.

MARTÍN ¡Eso me basta!

ROQUE ¡Menos mal!

MARTÍN Pero si se atreve usted a dirigir a esa señora la mirada, nada más que la mirada, mañana le cantan a usted el «gori gori».

ROQUE No, señor, no. Que no se molesten.

MARTÍN (Después de un medio mutis, vuelve dando un susto a don Roque.) Ni una mirada, ni una palabra.

ROQUE Ni una palabra.

MARTÍN Esa mujer es una Lucrecia. Que no se le olvide a usted.

ROQUE No, señor. Esa mujer es una Lucrecia de Borgia.

MARTÍN ¿Cómo una Lucrecia de Borgia? La otra, imbécil.

ROQUE (No sé quien será la otra Lucrecia... Como no sea la Arana, no conozco más.)

MARTÍN ¡Cuidadito! (Mutis foro.)

ROQUE ¡Qué hombre!... Y todo por una criada más o menos distinguida, pero una criada al fin. a la que acaba de conocer... Si se tratase de su esposa, este hombre sería una fiera...

ESCENA V

DON ROQUE y DOÑA EVENCIA

EVEN. (Por la segunda derecha.) Pero, don Roque, también con la señora de Pescador?

ROQUE ¿Eh? ¿Qué dice usted?

EVEN. No trate usted de negarlo. Yo lo sé todo.

ROQUE Pero, ¿qué es lo que sabe usted?

EVEN. Le repito que no trate de negar porque lo he visto. Ahí, en esa habitación de donde le sorprendimos anoche saliendo, no estaba el ama de llaves sino la señora de don Martín. La tía del marqués.

ROQUE ¿Qué me cuenta usted?

EVEN. No disimule más.

ROQUE ¡Le juro a usted que no; le juro a usted que no!

EVEN. Es usted un caballero. Así se portan los hombres; pero vamos, entre nosotros, ahora que estamos solos... ¿Qué las da usted, don Roque?

ROQUE Yo, nada, nada. ¿Qué las voy a dar?

EVEN. ¡Pobre Paz!... ¡Cómo se ha puesto cuando se lo he dicho!

ROQUE ¡Ah! Pero, ¿se lo ha dicho usted?... ¡Sí que estará buena!... ¡Ahora es cuando me mata!

EVEN. ¡Eso merecía usted! Pero no me explico lo que le ha pasado. Ayer, cuando le sorprendió a usted abrazando al ama de llaves, al principio se puso como una furia, pero en seguida cambió completamente. Y ahora, cuando le he contado para que le atase a usted corto y evitásemos el escándalo, que además del ama de llaves tenía usted conquistada a la señora de Pescador... ¡Y mire qué cosa más rara! Lo ha tomado por lo romántico, le ha dado un desmayo y dice que no le vuelve a pegar a usted y que, por el contrario, será una corderita.

ROQUE Pero, ¿es de veras?

EVEN. ¿No le digo a usted que es una romántica?

ROQUE Sí, señora. De nacimiento. Como que en intimidad me llama Abelardo y me recita versos, pero eso no quitaba para que me diese una vida de perros.

EVEN. Pues ahora se le figura que puede perderle, y al ver que otras se le disputan dice la mar de tonterías...

ROQUE ¡He estado treinta años haciendo el indio!

EVEN. Ahora, que si su mujer de usted no tiene valor para intervenir, aquí estoy yo que no me da por lo romántico y que no consiento escándalos en mi casa.

ROQUE Pero, doña Evencia, si yo...

EVEN. ¡Estaría bueno! Al fin y al cabo esa señora es tía del marqués, y el señor Pescador en cuanto sea ministro sacará diputado a mi marido...

ROQUE Doña Evencia, no se lo diga usted a mi mujer para que no vuelva al romanticismo de los pellizcos y de las patadas en las espinillas, pero yo le juro a usted que el ama de llaves...

EVEN. A esa le daré la cuenta ahora mismo y le haré virarse por donde ha venido. Eso si no le doy cuatro cachetones...

ROQUE ¡Pobre señora!

EVEN. Y a la otra, ya le diré también lo que viene al caso... si no se lo digo al marido.

ROQUE ¡Al marido! ¡Ay! Usted se ha empeñado en que a mi me maten.

EVEN. ¡Chist! Cállese usted, que está ahí.

ESCENA VI

DICHOS y la BELLA PERDIGON

La Bella Perdigón sale de su cuarto. Viste un sencillísimo pero elegante traje de mañana. Se detiene en la puerta

EVEN. (Mirándola de arriba a abajo.) ¡Parece mentira, señora!

B. PER. ¿El qué parece mentira?

EVEN. ¡No me haga usted hablar!... ¡De mi marido se podía usted haber encaprichado! (Mutis foro.)

ESCENA VII

BELLA PERDIGON, DON ROQUE y después DON MARTIN

B. PER. Pero, oiga usted, señora. Haga usted el favor de explicarme esas palabras...

ROQUE Déjela, déjela usted. Es que no anda buena de la cabeza.

B. PER. ¡Y tanto!... ¡Mira que figurarse que yo me he enamorado de usted!... (Riendo.) ¡Con esa cara de mono!

ROQUE ¡Ah! Pero, ¿usted lo sabe?

B. PER. ¡Sí, hombre, sí! Yo anoche le di mico a mi marido mientras dormía la mona para esperarle a usted en ese cuarto. (Riendo.) ¡Tiene gracia!

ROQUE ¡Perdóneme usted, perdóneme usted!

B. PER. ¡Enamorarme yo de usted por el sistema fulminante! ¿Es usted el terrible Pérez?

ROQUE Pero, ¿cómo se han podido creer eso?

B. PER. Eso digo yo; ¡porque hay que ver qué tipo!

ROQUE Parte del tipo, que debe usted tener en cuenta que me coge algo desmejorado, ¡no me explico el error!

B. PER. Yo sí. Y si además usted, so mamaracho, en vez de negarlo da pie para que lo crean y hasta se da aires de conquistador...

ROQUE Yo... yo...

B. Per. Usted, usted. Lo he oído todo desde mi cuarto.

Roque (Cayendo de rodillas.) ¡Ay! ¡Perdóneme usted! ¡Perdóneme usted!...

B. Per. Es preciso que inmediatamente diga usted la verdad a doña Evencia y a su señora.

Roque ¿La verdad a mi señora para que vuelva?... ¡Eso no, eso no! ¡De rodillas se lo pido a usted!

B. Per. Pero, ¿y en qué lugar queda mi señor marido?

Roque Es que si mi mujer sabe que todo es mentira.. ¡Ay, se me amoratan las carnes de pensarlo!... Por Dios, señora, ya ve que de rodillas se lo pido. No diga usted la verdad... (Le coge la mano.) Déjela usted que se lo crea...

B. Per. Pero, ¿qué locura pretende usted, insensato? ¿Y mi honra? ¿Y el honor de mi marido?

Martín (Entrando.) ¡Arrea! ¡También está haciendo el amor a esta!... ¡Caballero!

Roque ¡Ay, el marido!

Martín ¿Qué hacía usted de rodillas y a sus piés?

B. Per. No te alarmes, esposo mío, no te alarmes. No es lo que tú te figuras.

Martín (Muy tranquilo.) ¡Ah! ¿no?

B. Per. Te voy a contar lo que pasa.

Roque (¡Me mata, me mata!) (Se refugia en el extremo opuesto de la habitación.)

B. Per. Doña Evencia y doña Paz creen que este señor estuvo anoche en mi cuarto.

Roque (Con muchísima tranquilidad. Naturalmente.) ¿Y no estuvo? Ya, ya caigo .. ¡Je, je! (Ríe.)

B. Per. (Aparte a don Martín.) Pero, hombre, indígnese usted que se olvida de que es mi marido.

Martín (¡Es verdad!) (En tono terrible.) ¿Y no estuvo?... ¡Ya, ya caigo!... ¡Ja, ja, ja!

Roque (Temblando.) (¡Ay, qué carcajada histérica!) Yo no... le aseguro a usted que no...

Martín (Tranquilo otra vez.) No tiene usted que decirme nada...

B. Per. (Aparte.) ¡Que está usted metiendo la pata! Se va a creer que es usted un marido complaciente...

Martín (¡Caray, eso sí que no!) (Alto.) ¡Venga usted acá, miserable! ¿De modo que con una y con otra? ¡Nos veremos las caras!

ROQUE Bueno, no me amenace usted más. Sepa usted, señora, que su marido se entiende con el ama de llaves...

B. PER. (Muy tranquila.) ¡Ah, con el ama de llaves!...

MARTÍN (A la Bella Perdigón.) ¡Qué ahora es usted la que mete la pata, que va a creer que usted la consiente!

B. PER. (En tono dramático.) ¡Ah! ¡Con el ama de llaves! ¡Ah!

MARTÍN ¡Ha pronunciado usted su sentencia de muerte! Ahí en el salón hay una panoplia. Cojamos dos pistolas y en el jardín ¡pan, pan! nos balearemos.

ROQUE Pero si yo... si yo le dije...

MARTÍN Ande usted delante de mí...

ROQUE Bueno... Sí... La muerte antes que decir la verdad a mi mujer.

MARTÍN (Saliendo por el foro con don Roque.) (¡Le voy a dar un susto que se le va a quitar la gana para siempre de hacer el amor!)

ROQUE Debo advertirle noblemente que soy campeón del tiro nacional en Canarias.

MARTÍN ¡Canario! (Vanse.)

ESCENA VIII

DOÑA RITA, BELLA PERDIGÓN, FERNANDO, CRIADO, después según lo va marcando el diálogo, DOÑA EVENCIA, DON GORGONIO MARTÍNEZ, DON ALFREDO, PINO y al final DON MARTÍN y DON SANDALIO

RITA (Por la segunda derecha, seguida de Fernando.) ¡Basta, Fernando! Por tu propia dignidad, no debes insistir.

FERN. ¡Tía, tía, que ya no se trata del dinero ni de nada! Es que quiero a mi novia con toda mi alma y si usted hace eso la pierdo para siempre.

RITA No puedo, no puedo sufrir esta afrenta... Esa señora debe haber sido rabanera. Me ha insultado. Ha querido pegarme.., ¡Y, no, no lo tolero! (Ha llamado al timbre y se presenta el Criado.) Diga usted a la señora que venga inmediatamente y que venga también el señor Pescador, y todo el mundo, todo el mundo. Pero pronto. Avise usted a todos. (Vase el Criado.)

FERN. (A la Bella Perdigón.) ¡Me has perdido, me has perdido! ¡Bien puedes reirte de la hazaña!

B. PER. No, hombre, no. Yo estaba quemada por lo que me habías hecho, pero te aseguro que después de darte la broma no quería perjudicarte ya que veo que de veras quieres a esa muchacha... (Un poco enternecida.) Lo comprendo... Sé hacerme cargo... Yo, por mi desgracia, no podía ser para ti más que lo que he sido... Te he querido... Tal vez te quiera aún... (Sobreponiéndose.) Tal vez te quiera aún sacar los ojos si no te vas en seguida a arrullar a la canaria... ¡Anda, hombre, anda, y tengáis muchos pollitos!

FERN. ¡Ya es tarde!

EVEN. (Entra por el foro.) ¿Qué sucede para que llame usted así a todo el mundo?

RITA (Que ha quedado en el foro esperando la llegada de los personajes.) Porque delante de todos quiero decir la verdad... Lo que le iba a decir a usted cuando llegó Fernando.

EVEN. ¿Fernando? ¿Qué confianza es esa con el señor marqués?

FERN. (Desesperado.) (¡Todo se ha perdido!)

EVEN. (A Fernando.) ¿No ha oído usted?

FERN. ¡Déjeme usted! (A la Bella Perdigón.) ¡Ya ves lo que has hecho! (A doña Rita.) ¡Se ha empeñado usted en perderme y lo ha conseguido! (Vase corriendo por la segunda derecha.)

RITA ¡Fernando! ¡Fernando!

B. PER. ¡Escucha, no seas loco!...

EVEN. Pero, ¿qué es esto? (A doña Rita.) Señora, después de lo de anoche, ¿con qué derecho arma este escándalo? ¡Váyase usted de mi casa inmediatamente!

RITA Sí, señora, pero antes sepa usted que yo no soy lo que usted se ha creído. Yo soy la verdadera tía de Fernando...

EVEN. ¿Eh?

B. PER. ¡La soltó!

EVEN. ¿Qué es lo que dice usted?

RITA Ahora lo sabrá usted. ¡Que venga mi marido! ¡Que venga esa señora que cree que yo le disputo a su esposo!...

B. PER. (A doña Rita.) ¡Señora, que pierde usted a su sobrino!

RITA ¿Tiene usted valor de echarme a mí la culpa?

PAZ (Entrando.) ¿Me llaman ustedes?... ¡Ella!... ¡La otra!

EVEN. Pero, señora, ¿usted se ha vuelto loca? (Al criado.) Diga usted al señor que venga.

CRIADO Ya se lo he dicho, pero el señor se empeña en no salir de su habitación.

EVEN. Dígale usted que venga, que pasa algo muy grave.

PINO (Entrando.) ¡Mamá, mamá!

EVEN. ¡Hija mía!

PINO ¡Qué pasa que Fernando ha ido a buscarme, me ha dado un beso y llorando me ha dicho: ¡Adiós para siempre! Y ha echado a correr hacia el jardín!

B. PER. ¡Dios mío!... ¡Ahora es cuando se suicida de veras! (A doña Rita.) Señora, ¿qué ha hecho usted?

RITA ¡Ay, qué horror!

GORG. Señores, señoras, ¿qué pasa?

RITA Haga usted el favor de llamar a mi marido.

GORG. ¿A su marido?

RITA A mi marido, al señor Pescador.

GORG. ¿Eh? ¿Ha dicho usted la verdad?

RITA ¡La verdad!

GORG. ¡Y yo que lo había arreglado todo!

RITA Pronto. Busque usted a mi marido!

GORG. Está en el jardín. Se conoce que iba a tirar al blanco con don Roque. Llevaban dos pistolas...

PAZ ¡Ay! ¡Un desafío!

GORG. ¿Cómo un desafío?

PAZ ¡Sí, por ella! Por la esposa del señor Pescador que es amante de mi marido...

RITA ¿Yo su amante?

PAZ Sí, usted también, pero el desafío es por la otra. (A la Bella Perdigón.) ¡Por usted!... ¡Ay, mi Roque!

B. PER. ¡Ay, ay, sí que se ha armado buena! ¡Efectivamente, de aquí salieron desafiados, pero yo creí que era una broma!...

EVEN. Explíquense ustedes de una vez.

(Dentro se oye un tiro.)

B. PER. ¡Se ha matado!

PINO ¡Mi Fernando!

RITA ¡Virgen Santísima!

(Otro tiro. A cada disparo los personajes dan un salto y hacen cómicas contorsiones.)

TODOS ¡¡Ay!!

GORG. ¡Se conoce que no se había acertado!

(Dos tiros más.)

EVEN. ¡Se está poniendo la cabeza como una criba!

PAZ No, no... ¡Es mi marido, mi pobre Roque!

B. PER. ¡Calle usted, señora, su marido de usted es incapaz de matarse con nadie!

RITA Puede usted estar tranquila que mi marido no mata a nadie... ¡Es el pobre Fernando!

ALF. (Entra trayendo cogido de un brazo a Fernando.) Venga usted aquí, hombre. ¿Qué tontería iba usted a hacer?

FERN. ¡Déjeme usted!

PINO ¡Fernando mío!

B. PER. ¡Ah, Fernando!

RITA ¡Sobrino de mi alma, que susto nos has dado!

PAZ ¡Ay!... Si no se ha suicidado; ¡el desafío!...

RITA ¡Es verdad!... ¡Ay, Martín!...

(Nuevos tiros y nuevos saltos en los personajes.)

GORG. ¡Eso no es un desafío, eso es la batalla del Marne!

RITA ¡Corramos!

(Por el foro entran don Martín y don Roque cogidos del brazo.)

TODOS ¡Ah!

PAZ ¡Roque de mi alma!

RITA Pero, ¿no te estabas batiendo?

B. PER. ¡Vaya un susto que nos ha dado usted!

MARTÍN ¿Yo batiéndome?... ¡Tiene gracia!

B. PER. ¡Como salieron ustedes de aquí desafiados!...

MARTÍN (Bajito.) Sí, pero le he contado en secreto toda la verdad y se ha deshecho el equívoco... (Alto) Pero, ¿qué pasa aquí que me ha dicho el criado?...

FERN. Pasa, tío, que se sabe toda la verdad...

MARTÍN ¡Ahora salimos con esas!

SAND. ¿Qué me quieres, mujer? (Viene tapándose un ojo con el pañuelo.)

EVEN. Te necesito porque aquí pasan cosas muy graves. Pero, ¿por qué te tapas ese ojo?

SAND. Por nada... Porque anoche, al retirarme a mi cuarto, me dí un golpe en la escalera y me duele.

B. PER. (¡Ah, ya sé a quién di yo anoche el puñetazo!... ¡Vaya un punto que es también el suegro!)

(De nuevo suenan dos tiros.)

EVEN. Pero, ¿qué tiros son esos?

SAND. Los cohetes en honor de don Martín Pescador. Ahí hay la mar de gente del pueblo esperando que les dirija la palabra.

MARTÍN Para discursitos estoy yo. (A doña Rita.) ¿De modo que has dicho toda la verdad?

EVEN. No ha dicho nada y yo necesito una explicación...

B. PER. La que va a decir la verdad y la que va a dar la explicación soy yo.

MARTÍN ¿Usted?

B. PER. Sí. Yo. Sepan ustedes todos, que la verdadera, la auténtica tía de Fernando y esposa del señor Pescador no soy yo, sino esta señora.

EVEN. ¿Cómo?

SAND. ¿De modo que esta señora no es el ama de llaves?

B. PER. No señor... Por eso ¿sabe usted? por eso anoche, fíjese usted bien, para que el señor Pescador durmiera con su legítima esposa yo cambié de cuarto y dormí en el destinado a la doncella...

SAND. (¡Caray!)

EVEN. ¿Y a qué ha venido este enredo?... No lo entiendo.

GORG. Pues verán ustedes. (Aparte a la Bella Perdigón.) ¡Voy a arreglarlo todo!

B. PER. ¡Silencio! ¡Usted no arregla nada!

EVEN. ¿Usted, quién es entonces?

B. PER. Pues... Yo soy, mejor dicho, era la amante de don Roque...

PAZ ¡Ah!

ROQUE (¡Gracias, señora!)

EVEN. ¿La amante de don Roque?

B. PER. Sí. Por él vine aquí. Usted me sorprendió. Fernando no esperaba a su tía y por salvar a este señor por no dar un escándalo, me presentó como su tía.

MARTÍN Eso es. Y luego llegué yo, me lo dijeron y tuve que seguir la mentira...

RITA Efectivamente. Y al presentarme yo, como ya no podían decir que era la tía...

ALF. A mí se me ocurrió decir que era el ama de llaves.

EVEN. Bueno, bueno, pero todo esto me lo explicarán ustedes más despacio.

GORG. Yo, yo se lo contaré, porque don Martín tiene que salir inmediatamente para Madrid.

SAND. Eso no puede ser.

GORG. Sí. Acaba de recibir este telegrama que yo mismo he cogido al chico de telégrafos...

SAND. ¿Y se ha permitido usted abrirle?

FERN. Sí. Mi tío se lo tenía encargado. (*A Gorgonio.*) ¡Tenía usted que meter la pata por última vez!

GORG. Hombre, yo por arreglarlo...

SAND. Bien, bien, pero yo no veo muy claro todo esto.

B. PER. (*Con intención.*) Tal vez sea porque no ve usted más que con un ojo... por lo tanto más le vale a usted callarse. Señores, ya que he caído aquí como una intrusa y he perturbado la paz de esta feliz pareja, me van ustedes a permitir que les haga mi regalo de boda. Estas diez mil pesetas para que se compren lo que quieran... Me las había dado anoche Roquito...

PAZ ¡Pródigo!

FERN. (*A la Bella Perdigón.*) Gracias, Pepita, gracias... ¡Tienes un corazón de oro!

RITA ¡Es usted muy buena, señora!

B. PER. ¡He hecho la felicidad de mi sobrino Fernando! (*Telón rápido.*)

FIN DEL JUGUETE CÓMICO

Obras de Antonio Fernández Lepina

Estrella, juguete cómico en un acto. (Teatro Lara.)

La mujer de Cartón, humorada en un acto, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Barrera y Quislant. (Teatro de la Zarzuela.)

Hilvanes, entremés, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro de la Princesa.)

La fea del ole, sainete en un acto, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Lleó. (Teatro Cómico.) (Tercera edición.)

Don Gregorio el Emplazado, inocentada, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro de la Princesa.)

Chiquita y bonita, entremés, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Losada. (Coliseo del Noviciado.)

Los cuatro trapos, sainete, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Foglietti y Escobar. (Gran Teatro.)

Suspiros de fraile, opereta bufa, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Carbonell. (Teatro Martín.)

El mantón de la China, sainete, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Torregrosa. (Teatro Cómico.)

La corte de los milagros, zarzuela, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Foglietti. (Teatro Martín.)

Los envidiosos, zarzuela, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Foglietti. (Teatro de la Zarzuela.)

La señora Barba-Azul, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Escobar. (Teatro Martín.) (Segunda edición.)

El hongo de Pérez, juguete cómico en tres actos, adaptación de una obra francesa, en colaboración con Joaquín López Barbadillo. (Salón Nacional.) (Cuarta edición.) (Traducido al portugués.)

La loca fortuna, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Novedades.)

Pathé, Freres, apropósito para varietés, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Padilla. (Príncipe Alfonso.)

El jipijapa, juguete cómico en un prólogo y tres actos, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa, en colaboración con Antonio Plañiol (Teatro Martín.)

La perra gorda, juguete cómico en tres actos, adaptación de una obra extranjera, en colaboración con Joaquín López Barbadillo. (Teatro Cómico.)

La vocación de Pepito, juguete cómico en tres actos, adaptación de «Jean III ó L'irresistible vocatión du fils du Monducet», de Sancha Guitry, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Cervantes.)

El nuevo testamento, juguete cómico, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Apolo.)

El caballo de Espartero, juguete cómico en dos actos, divididos en cinco cuadros y varias películas, adaptación de un vodevil francés, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Infanta Isabel.)

El servicio doméstico, juguete cómico en dos actos, escrito sobre episodios de «Le truc d'Arthur» de Chivot y Duru, en colaboración con Antonio Plañiol. (Treatro Lara.) (Traducido este arreglo al catalán.)

Las sagradas bayaderas, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant. y Vela. (Teatro Martín.)

Los chicos de la Calle, juguete cómico en tres actos, en colaboración con Enrique García Alvarez y Antonio Plañiol. (Teatro Español.) (Traducido al portugués.)

El señor Duque, juguete cómico en tres actos. (Teatro Eslava.) (Tercera edición.) (Traducido al italiano, al portugués y al catalán.)

Una buena muchacha, comedia en tres actos, adaptación de «La buona figliola», de Sabatino López, en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Eslava.)

La última opereta, zarzuela, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro G. Giménez. (Teatro de Apolo.)

La maja de los Madriles, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Novedades.)

Lulú, comedia dramática en tres actos, original de C. Bertolazzi, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro de la Zarzuela.) (Traducida esta adaptación al catalán.)

La Rosario, comedia en tres actos, original de Sabatino López, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro de la Zarzuela.)

El valiente capitán, vodevil en tres actos, en colaboracion con Ricardo G. del Toro. (Teatro Cómico.)

Mario y María, comedia en tres actos de Sabatino López, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Eslava.) (Traducida al portugués.)

La Eva ideal, fantasía, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro Giménez. (Teatro de Novedades.)

La embajadora, zarzuela cómica en tres actos, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro Giménez. (Teatro de la Zarzuela.) (Traducida al italiano.)

El palacio de la marquesa, comedia en tres actos de A. Testoni, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Infanta Isabel.) (Traducida al portugués.)

La aventura del coche, comedia en tres actos de A. Testoni, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Cervantes.) (Traducida al catalán y al portugués.)

La señorita Mariposa, comedia en tres actos. (Teatro Lara.)

Un lío del otro mundo, juguete cómico en tres actos. (Teatro Infanta Isabel.) (Traducido al portugués y al catalán.)

La máscara y el rostro, humorada satírica en tres actos, de Chiarelli, adaptada en colaboración de Enrique Tedeschi. (Teatro Romea. Barcelona.)

La maestrilla, comedia en tres actos de D. Niccodemi, adaptada en colaboración de Enrique Tedeschi. (Teatro de Lara.)

El drama de la botica, juguete cómico en dos actos. (Teatro Cómico.)

Una broma de salón, juguete cómico en un acto. (Teatro Cómico.)

Un buen amigo, comedia en tres actos de A. Testoni, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Infanta Isabel.)

Mi sobrino Fernando, juguete cómico en tres actos. (Teatro Cómico.)

La reina de la opereta, vodevil en tres actos, adaptación de una obra alemana. (Teatro Lara.)

Precio: TRES pesetas